

Pebbels

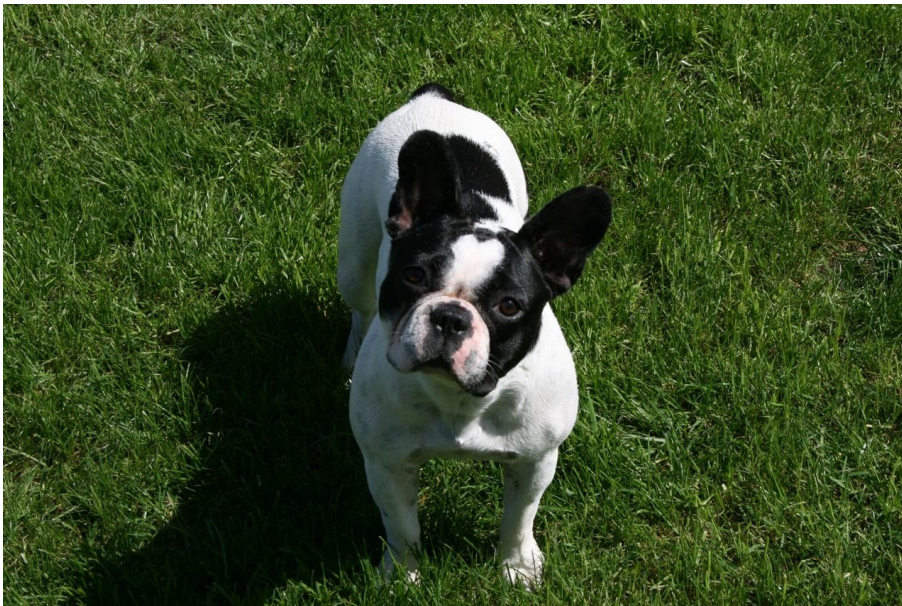
PEBBELS

La historia de una pequeña personalidad que no era un perro

de Patric Haase

Pebbels · 28 de marzo de 2014 – 25 de mayo de 2026

Para mi pequeña princesa — nunca fuiste solo un perro.



Prólogo

Este no es un libro sobre un perro.

Ya sé que así no se empieza un libro si quieres que la gente lo lea. Pero es la verdad, y me propuse no embellecer nada en este libro — ni su vida, ni su muerte, y mucho menos lo que ella era.

Nunca pensé que algún día escribiría un libro. No soy escritor. Soy alguien que trabaja con técnica, con números, con máquinas. Pero hay cosas en la vida que te convierten en algo que antes no eras. Ella fue una de esas cosas. Y este libro es el intento de transmitir eso — a personas que nunca la conocieron.

Se llamaba Pebbels. Era una bulldog francés, pequeña, y la mayor parte de su vida vivió con la firme convicción de que era la reina. Nunca le quité esa convicción, porque era cierta.

Si este libro logra algo, que sea esto: que alguien, en algún lugar, lo cierre y mire a su propio perro — o a su gato, o a lo que sea que esté echado a su lado — y comprenda por primera vez que ahí no hay un “animal”, sino un ser vivo. Una personalidad. Alguien frente a ti. Si eso pasa, entonces ella habrá dejado su huella incluso después de su muerte. Y nunca deseé otra cosa.

Esta es su historia. De principio a fin. Y todo lo que me enseñó por el camino — sobre perros, sobre respeto, sobre amor, y al final sobre lo más difícil que existe: dejar ir.

Empecemos donde empezó ella. En un garaje.

PRIMERA PARTE — Cómo empezó todo

Donde empezó su historia.

Capítulo 1 • El garaje

A un perro lo encierran en el garaje cuando es demasiado salvaje. Cuando destroza la casa, cuando no aprende a hacer sus necesidades donde debe, cuando muere. Eso es lo que uno piensa. Eso pensaba yo también, antes de conocerla.

Con ella fue distinto. No la encerraron por ser demasiado débil o demasiado difícil en el sentido corriente. La encerraron porque era demasiado. Demasiado ella misma.

Empezó con dos rechazos, uno detrás del otro. Primero su propia madre: la atacó a mordiscos, la rechazó, la expulsó de la camada. Y después la persona que debía haberla recogido — la criadora. En vez de ocuparse de la cachorrita rechazada, la encerró en una jaula en el garaje.

Hay que detenerse un momento a pensarlo. Un cachorro al que su propia madre ya no quería necesita después, con más razón todavía, a alguien que lo recoja — cercanía, calor, protección. Ella recibió lo contrario. Recibió una jaula y cuatro paredes frías. Rechazada por su madre y encerrada por los humanos. Abandonada dos veces antes de que su vida hubiera comenzado de verdad.

Y la razón no era que algo anduviera mal con ella. Estoy convencido de que la razón era que tenía personalidad, ya desde que era una cosita — y de que una personalidad así no se achica, no se somete, no sigue al montón. Era demasiado. Demasiado suya. Demasiado ella misma. Y la respuesta del mundo a su fuerza fue un garaje.

Después pensé mucho en eso, y creo que ahí hay una verdad amarga que va mucho más allá de los perros: muchas veces son los más fuertes, los más tercos, los que quedan descartados. No los débiles. Los que no se dejan doblar. El mundo — con las personas igual que con los animales — tiene poca paciencia con los que son demasiado ellos mismos. Se quiere adaptación. Se quiere tranquilidad. Y el que no entra en ese juego termina, de una forma u otra, en un garaje.

Pero aquí viene lo asombroso: ella no se quebró. En ese garaje no había una perrita doblegada que esperaba que la rescataran y que en la espera perdía el alma. Ahí estaba sentada — eso lo entendí después — la Pebbels completa, con todo lo que la definía. La terquedad. La cabeza. La

voluntad. El encanto y el humor que más tarde vería cualquiera que se cruzara con ella. Todo eso ya estaba ahí, desde el principio. Ni la madre que la rechazó ni la jaula en la que la encerraron pudieron quitárselo. Conservó su personalidad como otros perros conservan un hueso — no la soltó nunca más, por nada del mundo.

Y entonces llegué yo.

Yo no sabía entonces en qué me estaba metiendo. No sabía que estaba a punto de conocer al ser que llegaría a estar más cerca de mí que ningún otro que me haya cruzado en la vida. Yo solo veía una perrita que pertenecía a algún lugar que no fuera el garaje.

La sacamos de ahí. Es la frase más simple de todo este libro y quizás la más importante. La sacamos de ahí, y desde ese momento dejó de ser la que encierran. Pasó a ser la que protegen.

Llegué a ella como seguramente llega cualquiera que se consigue un perro: decidido a enseñarle quién manda. Lo mucho que me equivoqué con eso, solo lo entendí con los años. Pero esa es una historia para más adelante.

Por ahora basta con lo que ya estaba decidido en ese garaje, el día en que todavía nadie la amaba: ella era alguien. No era de las que se dejan achicar. Y durante el resto de su vida intentaría ser total y completamente ella misma — hasta el amargo final.

Lo logró.

Capítulo 2 • El trato



Yo no quería un perro.

Eso hay que saberlo para entender lo improbable que fue todo esto. Yo no busqué, no deseé, no planeé nada. Si hubiera sido por mí, Pebbels nunca habría existido en mi vida. Y hoy es el ser por el que mi corazón se abrió más que por ningún otro. Así funciona a veces: lo más importante no llega porque lo buscas. Llega aunque digas que no.

A Bam Bam ya lo teníamos. Fue de la primera camada de la misma criadora — el mayor, el tranquilo. Y en su segunda camada, unos años después, estaba la pequeña.

Era verano. Yo estaba arrodillado en el pasto, y ahí vino corriendo — esa cosita — y se enroscó delante de mí. Así nomás. Delante de mí, justamente de mí, que no quería ningún perro. En ese momento no le di mayor importancia. Hoy sé lo que fue: ella me eligió a mí. No yo a ella. Ella a mí. En ese momento, en el pasto, esa pequeña tomó su decisión — mucho antes de que yo tomara la mía.

Después volvió trotando con los demás, como si nada, tan campante, asunto resuelto. Y recién por la noche salieron Nicole y su amiga a buscarla.

Porque — y esta es la parte que casi me da vergüenza — yo en realidad no la quería. Las dos me insistieron tanto, me machacaron tanto, hasta que cedí. No dije que sí por añorar un perro. En algún momento dije que sí porque no aflojaban. Y así, medio convencido, medio a regañadientes, de pronto estaba ahí: mi pequeña Pebbels.

Cuando lo cuento hoy, casi me da escalofríos lo cerca que estuvo de no pasar. Un poco menos de insistencia de ellas dos, un poco más de terquedad mía — y me habría perdido lo mejor, sin saber jamás que existía. Pero ella ya había decidido en el pasto. Quizás a mí solo faltaba convencerme de firmar mi parte de un trato que ella hacía rato había sellado.

Al día siguiente, la primera sorpresa: estaba llena de piojos. Claro que lo estaba — con todo lo que ya había pasado; quién se iba a ocupar de algo así. Así que hubo espolvoreada general, a fondo, hasta que ya nada se movía. Y el pobre Bam Bam tuvo que sufrir con ella, como tantas veces en los años que vendrían — tratado también él, aunque no tenía nada. Ese fue el comienzo de una larga tradición: donde estaba Pebbels, ahí estaba metido Bam Bam, quisiera o no.

Y en algún momento de esas primeras semanas nació lo que yo llamo nuestro trato. Ningún contrato, nada dicho en voz alta — más bien un acuerdo silencioso entre ella y yo. Ella podía desplegarse por completo. Ser totalmente ella misma, con todo lo que eso incluía: la terquedad, el encanto, la frescura. Salvo unos pocos límites que eran razonables, se lo permití todo.

Y ahora quizás se entiende por qué eso era más para ella que para otros perros. Allá de donde venía, exactamente eso había sido su perdición: ser ella misma la había llevado a la jaula. Conmigo, ese mismo ser se volvió el núcleo de todo el acuerdo. Donde antes la habían castigado por eso, conmigo recibió la libertad de vivirlo a fondo. Y creo que esa es la razón por la que floreció así — porque por primera vez estaba en un lugar donde lo que ella era no solo se toleraba, sino que se deseaba.

El perro que yo no quería se convirtió en el amor de mi vida. Y ella lo había sabido todo el tiempo. Lo había sabido en el pasto, el día en que se enroscó delante de mí y me convirtió en su humano — sin importar lo que yo tuviera que decir al respecto en ese entonces.

Y hay algo que forma parte de la verdad de este comienzo: Pebbels no era la única que ya lo sabía entonces. Nicole también lo sabía — si no, no habría salido esa noche a buscarla. Ella me la trajo a casa, contra mi no y a favor de mi felicidad. Eso no se lo olvidaré nunca. Aunque los dos sabemos: la verdadera decisión ya la había tomado hacía rato alguien más — la más pequeña de todos nosotros. # SEGUNDA PARTE — Quién era ella

Solo ella. Cada faceta de quién era, en escenas concretas.

Capítulo 3 • La guardiana



Era una guardiana. Suena grande para una bulldog pequeña, pero es verdad. Observaba, vigilaba, controlaba — en el jardín, en la terraza, en la casa. No se le escapaba nada.

Mientras estuviéramos en casa, ella estaba relajada. Solo ladraba si de verdad alguien llegaba a la puerta de adelante — el resto me lo dejaba a mí. Si yo estaba, la guardia era mía; entonces ella no tenía que ocuparse. Así era el reparto de tareas, con toda naturalidad.

Pero apenas nos íbamos, ella asumía el puesto. Y cómo lo hacía, eso lo supe mucho después — por nuestro vecino. Yo mismo nunca lo vi. Lo hacía completamente para sí, a escondidas.

Iba a la sala, se trepaba arriba, al respaldo del sofá — el punto más alto, el mejor mirador de todo el cuarto — y miraba por la ventana. Desde ahí lo tenía todo a la vista. Y pobre del que se parara abajo frente a la puerta: podía ladrar durante horas. Horas. Cuidaba la casa como si de eso dependiera el destino del mundo.

Y luego — esta es la parte que hasta hoy me llega al corazón — apenas uno de nuestros carros doblaba hacia la entrada, silencio total. De inmediato. Ni un ladrido más. El servicio había terminado, porque estábamos de vuelta. Y entonces bajaba corriendo a la puerta y esperaba. De guardiana a perra que espera, en segundos, solo porque estábamos de vuelta.

Piensa un momento lo que eso significa. Todo su vigilar, todas esas horas de ladridos — no era nerviosismo, no era aburrimiento. Era por nosotros. Cuidó nuestro hogar hasta que volviéramos. Y en el momento en que notaba que estábamos de vuelta, toda la tensión se le caía de encima, y lo único que entonces contaba era: pararse en la puerta y esperararnos. Primero el trabajo. Después nosotros.

Lo más bonito: yo ni siquiera lo sabía. Lo hizo durante años, sin aplausos, sin poder mostrarme nunca “mira, estuve vigilando”. No era un espectáculo. Era lealtad de verdad, callada — de esa que uno tiene porque la tiene, no porque alguien esté mirando. Recién el vecino me lo contó. Y me conmovió enterarme.

Y en lo bien práctico, eso hizo algo conmigo: nunca me preocupé cuando no estaba en casa. Nunca. Porque sabía: ahí hay alguien vigilando. Ese era uno de sus dones silenciosos — darme la conciencia tranquila. No habría detenido a un ladrón, seamos honestos. Pero no se trataba de eso. Se trataba de la sensación de que la casa no estaba vacía, de que una pequeña guardiana mantenía la posición.

Piensa de dónde venía. La habíamos sacado de unas malas condiciones y la habíamos protegido. Y aquí ella hacía lo mismo, solo que al revés: nos protegía a nosotros. Era mi pequeña protectora, a su manera. Eso no era una calle de un solo sentido. Yo velaba por ella — su salud, su bienestar — y ella velaba por nosotros, por el territorio, por mí. Dos que se cuidaban el uno al otro. El protector grande y la protectora pequeña. Así era nuestro trato, sin que jamás lo hubiéramos dicho en voz alta.

Nos esperaba en la puerta. Todas las veces. Y si soy honesto, creo que una parte de ella sigue esperando ahí todavía.

Capítulo 4 • Dos pedazos

Intentó ser ella misma hasta el amargo final. No se rindió nunca. Nunca. Y si tuviera que elegir una sola escena que lo muestre, sería el juego con el peluche.

Jalábamos muchas veces, ella y yo, cada uno de un extremo de uno de esos peluches. Y esta pequeña bulldog tenía una potencia que no te la crees. Uno ve esa cosita y piensa: bah, esto lo gano sin esfuerzo. Sí, cómo no. Ella jalaba, gruñía, se colgaba con todo su peso — y antes, y no es broma, antes terminaba el peluche partido en dos pedazos que ella soltando. Antes de que ella perdiera, la cosa se rompía. Así de simple.

Y yo siempre le dejé su trofeo.

Podría haber ganado. Yo era más fuerte, claro que lo era. Pero nunca me lo propuse. Porque para ella no se trataba de ganar en el sentido deportivo — se trataba de ser ella. La luchadora que conquista su botín y lo defiende. Y esa dignidad se la dejé, todas las veces. Es un detalle, ya lo sé. Pero era mi manera de darle lo que necesitaba: el orgullo, la victoria, la sensación de ser completamente ella misma.

Cuando hoy pienso en ese juego, veo en él la voluntad que atravesó toda su vida. Ese “antes de perder, prefiero partir esta cosa en dos” — eso no pasaba solo con el peluche. Eso era ella. Era la misma voluntad que la llevó a través de una crisis tras otra. La que más de una vez la hizo zafarse de la muerte cuando todos ya pensaban que se había acabado. La pequeña luchadora del peluche y la gran luchadora que nunca se rindió — eran una única e inquebrantable voluntad.

Quizás fue exactamente esa voluntad la que no dejó que se quebrara entonces, cuando su propia madre la rechazó y la encerraron. Se aferró a sí misma como se aferraba al peluche — y no soltó ninguna de las dos cosas, por nada del mundo. Rendirse era algo que en ella no existía.

Cuando hoy pienso en ella, no pienso en debilidad. Pienso en la ratoncita con el peluche hecho trizas, orgullosa de su trofeo, llena de potencia y de rebeldía y de vida. Esa era ella. Y a esa no pudo doblegarla nada ni nadie.

Intentó ser ella misma hasta el amargo final. Y lo logró. El peluche es la prueba.

Capítulo 5 • Buena chica



Todos conocemos la escena. El perro quiere que lo rasquen, pone la pata encima, “viejo, dale”. Una necesidad simple, una señal simple. Así lo hacen casi todos los perros.

Ella no.

Con ella, que la rascaran no era una necesidad que se expresa. Era una negociación que se lleva a cabo — con un sistema de niveles que admiro hasta el día de hoy.

Nivel uno: la pata muy suave, acompañada de la mirada seductora. Ofensiva de encanto. “¿Me rascarías, tal vez?” Suave, seductora, con pestañeo incluido. Eso casi siempre funcionaba.

Si eso no ayudaba, venía el nivel dos. Y el tres. Y el cuatro. La pata se iba poniendo cada vez más dura, un poco más exigente, un poco más clara. De “por favor” a “lo digo en serio” a “ya, ahora”. Iba subiendo despacio, en dosis finas, nivel por nivel.

Y ahora viene el punto que más me impresionó: ella sabía exactamente dónde estaba el límite. Nunca se pasó. Nunca fastidió tanto como para volverse pesada. Llevó la exigencia exactamente hasta el punto en que todavía era encantadora y aún no era impertinente — y ahí se detuvo. Eso no es casualidad. Había calibrado con precisión mi paciencia, calculado mi umbral de tolerancia, y se paró justo delante, al milímetro. Algo así solo lo puede hacer un ser que de verdad entiende al que tiene enfrente.

¿Y si ni siquiera eso ayudaba? Entonces se buscaba otra víctima. Las visitas, por ejemplo. ¿Para qué quedarse con un cliente terco, si en el cuarto hay uno fresco y desprevenido que todavía no sabe en lo que se está metiendo? Simplemente cambiaba de mercado.

Y no vas a creer lo que venía después. Cuando la visita por fin la rascaba, ella me lanzaba una mirada. Esa mirada. “Tst. Si tú no quieres, pues lo hace otro.” Superior, casi con desdén. Ni rastro de necesidad. Eso era actitud. Me dejó claro que tenía alternativas y que yo no era para nada irremplazable. Una pequeña reina recordándoles a sus sirvientes que también puede elegir a otros.

Y aparte, la pequeña actriz. Nicole a veces la miraba y le preguntaba, solo por jugar: “¿Qué hiciste ahora?” Y zas — patas arriba, las cuatro al aire, el corderito inocente más fiel del mundo. “¿Yo? ¡Nada! ¡Mira qué buena soy!”

¿Y sabes lo que significaba en verdad esa imagen? Un perro asustado no hace eso. Un perro que tiene miedo se agacha, se hace pequeño, se aparta. Ella se tiraba de espaldas con todo el descaro y jugaba la carta del encanto. Eso un perro solo puede hacerlo si se siente completamente seguro. Ese descaro, esa seguridad en sí misma — no era a pesar de su pasado. Era la prueba de que lo había superado.

Claro que eso también tenía sus desventajas. No podías llevarla a cualquier parte así nomás — al restaurante, por ejemplo. Ahí su comportamiento resultaba para la demás gente algo demasiado ... florecido. Pero sinceramente, me daba igual. Podría haberla quebrado, educarla para ser una perra callada y adaptada que se queda quietecita debajo de la mesa. No lo hice. Prefiero una personalidad de verdad que no puedes llevar a todas partes, antes que un animal adaptado y doblegado. Ese era el trato. Y nunca lo lamenté.

Porque justo eso era lo que yo le había prometido en el pasto sin saberlo: podía ser completamente ella misma. Y esto — la diva, la negociadora de la mirada desdeñosa — era el resultado. Acuérdate de dónde venía: encerrada por ser demasiado ella misma. Y mira en lo que se convirtió cuando le dejaron la libertad: no en un montoncito agachado y agradecido, sino en un pequeño ser seguro de sí mismo que cambiaba a sus sirvientes según le daba la gana.

De estar encerrada a reinar. Ese fue su camino. Y cada pata sobre mi brazo — primero suave, después exigente — era una pequeña prueba de lo lejos que había llegado.

Capítulo 6 • La banda



Si todavía crees que un perro solo reacciona, que solo sigue su instinto, que se come lo que encuentra por ahí y no piensa más allá — entonces tengo que contarte lo de la mañana del pan tostado. Después de esta historia, nunca más nadie pudo hacerme creer que un perro es “solo un perro”.

Era una mañana de lo más normal. Me preparo el desayuno, me siento a la mesa de la sala, pongo mi pan tostado delante de mí. Y pienso: rayos, olvidé la mermelada. Así que me levanto, voy a la cocina, saco la mermelada del refrigerador. Veinte segundos, quizás. Me vuelvo a sentar, voy a agarrarlo — y el pan tostado ya no está.

No está. Simplemente no está. No oí ni un ruido de plato, ni un chasquido de boca, no hay ni una miga en ninguna parte. Nada. Miro a la izquierda — y ahí están sentados los dos. Espalda con espalda. Pebbels derecha como una vela, con la cabeza girada hacia la ventana del balcón: pájaros, qué lindo vuelan los pájaros hoy. Y recostado contra su espalda, Bam Bam, con la cabeza hacia la otra ventana: un carro, oh, pasa un carro, qué interesante. Dos perros

totalmente ajenos e inocentes, cada uno mirando hacia su lado, que por pura casualidad justo ahora están disfrutando de la vista.

De película. No se puede decir de otra manera.

Y entonces entendí lo que esta pequeña bandida había ejecutado en veinte segundos. Sácale la cuenta, paso por paso, porque es una completa locura.

Primero: reconoció el momento. Me levanto — se abre la ventana de oportunidad. Entendió al instante: ahora o nunca. Segundo: bajó el pan tostado de la mesa sin hacer un solo ruido. Ni un sonido, ni una miga. Eso es trabajo de precisión. Tercero — y este es el punto que hasta hoy me deja sin habla — lo compartió con Bam Bam. No por generosidad. Lo convirtió en cómplice. En coautor. El que comió no puede delatar; ahora los dos tienen las manos sucias. Y cuarto, el camuflaje: espalda con espalda, cada uno mirando en otra dirección, cada uno haciendo el papel del perro inocente que solo admira la vista. ¿Pan tostado? ¿Cuál pan tostado?

Eso no es un perro que roba un pan. Eso es un ladrón maestro con plan de escape, cómplice y coartada. En veinte segundos.

Me morí de la risa. Hasta hoy me molesta que no hubiera una cámara grabando — eso le habría dado la vuelta al mundo. Pero cuanto más lo pienso, menos me importa el video. Porque lo que muestra esta historia no se ve en ninguna cámara: no solo lo que hizo, sino qué clase de cabeza lo hizo.

Lo más refinado del asunto: ella sabía exactamente cuándo necesitaba un cómplice — y cuándo no. Con el pan tostado la podían haber atrapado; entonces uno mete al otro en el lío, y así nadie delata. Pero también existió el caso contrario.

Yo tenía una barra de chocolate en la mesita de noche. Setenta por ciento, chocolate del bueno. No estábamos, y cuando volvimos, la barra había sido — no puedo decirlo de otra manera — extraída del empaque con mano experta. El paquete abierto, el papel de aluminio desenrollado con cuidado, el chocolate desaparecido. Nada de pedazos rotos, nada de reguero. Una operación ejecutada con limpieza.

Supe de inmediato que había sido ella. Y esta vez no hubo cómplice — al contrario. A Bam Bam no le tocó ni una pizca. Porque un setenta por ciento, sencillamente, no se comparte. Ese era botín para ella sola, y donde no hay nada que repartir, tampoco hace falta nadie que guarde silencio. Calculó a sangre fría: en este golpe, jugada completa, sin testigos, todo para mí.

El único problema era que el chocolate es tóxico para un perro. Así que tuvimos que ir con los dos a la clínica, a que los purgaran — y el pobre Bam Bam tuvo que sufrir otra vez las consecuencias, aunque esta vez no había visto ni una sola miga. Eso fue casi más injusto que de costumbre: en lo del pan tostado al menos había participado. Aquí pagó completamente inocente, por un crimen del que ni siquiera sacó nada. El eterno perjudicado de la banda.

Y no fue casualidad, ni una genialidad de una sola vez. Ella tenía un socio, y lo entrenó. En nuestra casa había una barrera de bebé, arriba en la escalera, para que los dos no pudieran subir y bajar sin más. Pebbels descifró cómo se abría esa barrera. Y luego — esto es lo verdaderamente increíble — se lo enseñó a Bam Bam. El cerebro recluta a los músculos. Ella le

enseñó cómo escaparse. Hasta el día de hoy, cuando Bam Bam se para frente a la barrera y la abre, yo sé: eso lo aprendió de ella. Ella sigue viva en ese pequeño truco.

Había otro truco con Bam Bam, y ese es quizás el más refinado de todos. Cada vez que yo iba a la cocina, por ejemplo, a hacer cualquier cosa, Bam Bam venía detrás de mí de inmediato — esperanza de premio, ñam ñam, todas y cada una de las veces, sin importar si había algo o no. Al principio Pebbels también venía. ¿Pero después? Tst. Para entonces ya había cambiado de estrategia.

Ella se quedaba echada en su posición de observadora. Muy tranquila. Primero esperaba a ver qué hacía Bam Bam — si aquello valía la pena siquiera. Y solo cuando la probabilidad de que de verdad hubiera algo era alta — zas, ahí estaba, lista, en el momento exacto. Simplemente dejaba que Bam Bam fuera primero. Lo usaba como explorador, como sistema de alerta temprana. ¿Para qué levantarse y cruzar cada vez, si la mayoría de las veces no dan nada? Así que esperaba su señal — total, él siempre salía corriendo, sin fallar — e invertía su energía solo cuando la ganancia era probable.

Eso es eficiencia. Eso es un cálculo de costo-beneficio. Usó a su impulsivo hermano como indicador y optimizó su propio comportamiento en función de él. Bam Bam reacciona, Pebbels calcula — esa era la diferencia entre los dos, una y otra vez. Hay que detenerse a pensarlo: este pequeño ser entendió que podía ahorrarse una falsa alarma dejando que otro hiciera el trabajo. De algo así uno jamás creería capaz a un perro.

Ese es el patrón, si te fijas bien: ella el cerebro, Bam Bam el fiel secuaz. Con el pan tostado lo convirtió en coautor. Con la barrera le enseñó el oficio. Y con el premio lo mandó por delante como explorador. Cómplice, aprendiz, vigía — lo usó para todo. Los dos eran una banda, y no había ni la más mínima duda de quién era la jefa.

Y había otro miembro más de la familia en el que se veía lo bien que tenía vigilado su pequeño mundo: nuestra gata. Se había criado con Bam Bam y se pasó toda la vida acicalándolo, quisiera o no — casi siempre no quería, jiji. Con Pebbels la cosa era distinta. Su postura era clara: te tolero, pero no te me acerques demasiado. Un poco de juego suave, sí, está bien — pero con moderación, por favor.

Y pobre de la gata si se me acercaba demasiado. Entonces había un mordisco al aire — nada agresivo, nada serio, más bien un aviso cortés: no te pases. Lo más lindo era el pequeño espectáculo cuando yo estaba sentado a su lado y la gata se acercaba con sigilo. Primero, la cabeza arriba: ¿qué pasa ahí? Después se incorporaba y observaba. Y si la gata se atrevía a dejarse acariciar, Pebbels en algún momento se levantaba, iba hasta allá y dejaba claro con toda tranquilidad: es mío. Sin ladridos, sin drama. Solo una reina que le recuerda a su corte a quién pertenece el humano. Nadie le había enseñado eso. Simplemente lo sabía — como sabía, sin más, tantas cosas.

Ahora déjame decirte por qué eso no solo me hizo reír, sino que también me puso a pensar. Porque justo ahí está metido lo que la mayoría de la gente subestima en los animales.

Para engañar a alguien — para hacer el papel del perro inocente — hay que entender que el otro tiene una imagen de la realidad distinta de la propia. Ella sabía que yo no había visto desaparecer el pan. Y sabía que podía mantener ese estado de cosas actuando como si nada

hubiera pasado. Eso no es un acto reflejo. Eso presupone que en esa pequeña cabeza existía una imagen de mi cabeza. Eso es pensar. Eso es una conciencia que toma en cuenta otra conciencia.

Y hacer un cómplice — repartir el botín para obligar a alguien a callar — es una estrategia social que en un ser humano no dudáramos en calificar de refinada. Ella la tenía. Y el humor que va con ella, porque había algo cómico en todo eso, ese descaro insolente de la pose de inocencia espalda con espalda. Eso no era estar sentados por casualidad. Eso era una actuación.

Y lo especial de sus fechorías: a mí, la verdad, no me gusta que me tomen el pelo. Con la mayoría me molestaría. Pero ella lo lograba con tanto encanto que uno simplemente no podía enojarse con ella. No era una astucia burda — era astucia con estilo. Podía permitirse cosas por las que yo me habría comido vivo a cualquier otro, porque las hacía con tanta elegancia y tanta gracia que al final no me quedaba más que reírme y dejarle el trofeo.

Yo sé de animales listos — crecí con gatos, y los gatos son un calibre aparte: egoístas, astutos, taimados. Pebbels tenía algo de esa sofisticación gatuna, pero sin lo frío, sin lo egoísta. Su astucia nunca buscaba solo el beneficio propio. Incluso cuando me engañaba, había amor en ello, ese “esto lo hago contigo, no contra ti”. El ingenio de un gato y el corazón de un perro — ese era su don. Te engañaba con tanto encanto que daban ganas de dejarse engañar voluntariamente.

Y lo mejor de todo: prácticamente me lo decía en la cara. Con los ojos. No tenía que emitir un solo sonido — me miraba, y en esa mirada estaba todo: “Sí, fui yo. Sí, te engañé. Y ni siquiera puedes enojarte conmigo”. Descarada, superior, llena de picardía, directo de sus ojos a mi cara. En el juego de la piscina era lo mismo — se le notaba ese brillo: “¡Atrápame si puedes, total no me agarras!”. Se reía de mí con los ojos y me desafiaba, en pleno juego. Toda su personalidad estaba en esa mirada — y quien la conocía podía leerla como un libro abierto.

Nunca lo tuve en cámara, y durante años eso me carcomió. Pero quizás así es incluso mejor. Porque ahora está aquí, escrito, y no solo se ve la acción — se entiende qué clase de ser había detrás. Y quien lea esto y todavía diga que era “solo un perro”, de verdad ya no tiene remedio.

Capítulo 7 • La alianza secreta



Ella siempre quería dormir conmigo en la cama. Siempre. La cama no era para ella un lugar más entre muchos — era su lugar, a mi lado, y se encargó, con una tenacidad asombrosa, de terminar siempre ahí.

Solo había un problema, y se llamaba ronquidos. Es que Pebbels y yo roncábamos los dos, por turnos, en dueto, por así decirlo — prácticamente un sonido continuo, toda la noche. La pequeña bulldog y su humano, los dos aserrando, alternándose. En algún momento, por eso, Nicole emigró a la sala. Hasta ahí, todo comprensible.

Pero claro, también estaban las noches en las que Nicole todavía dormía en el cuarto. Y ahí empezaba la obra maestra de Pebbels.

Ella no llegaba corriendo a saltar a la cama, sin más. No. Esperaba. Muy calladita, en segundo plano, hasta que Nicole se dormía. Observaba la situación, calculaba el momento — mira, mira, la vieja está dormida, ahora sí puedo ir. Y entonces venía, sin hacer ruido, y me daba un toquecito junto a la cama. Ni un ladrido, ni un gimoteo, nada que despertara a nadie. Solo un toquecito suave, discreto, una señal secreta, solo para mí. Y yo, por supuesto, la acostaba a mi lado. Qué otra cosa.

¿Y si alguna vez yo no reaccionaba enseguida, porque ya estaba medio dormido? Entonces no se ponía más ruidosa. Ningún segundo toquecito más insistente, ningún gimoteo, ninguna impaciencia. Entonces venía solo un suspiro — muy bajito, muy tierno, sin reproche, más bien un suave: sigo aquí. Esa era toda su manera de recordarme que seguía ahí. Nunca una exigencia. Solo un aviso fino y paciente de que allí esperaba alguien a quien le gustaría que lo dejaran entrar.

Pero ahora viene la parte que cuesta creer.

Ella sabía perfectamente lo que pasaba. Había entendido que el problema eran los ronquidos — al fin y al cabo, yo mismo le había dado toquecitos más de una vez cuando roncaba. ¿Y qué hizo con eso? Cada vez que notaba que ella misma empezaba a roncar, intentaba acomodarse en otra posición en la que sonara menos. Por su propia cuenta. Había entendido: si hago ruido, todo el plan se descubre, viene Nicole y me tengo que ir. Así que combatió sus propios ronquidos.

Saborea eso un momento. Eso es autopercepción — se dio cuenta de que el ruido lo hacía ella misma. Eso es consideración — no quería despertar a nadie. Y eso es resolución de problemas — cambió de posición para sonar menos. Todo al mismo tiempo, en esa pequeña cabeza. Y el resto de la noche no se movía ni un pelo, quietecita como un ratoncito, para que Nicole no se enterara de nada.

Por eso era tan genial: no se limitaba a seguir una regla. Entendió la lógica detrás — causa y efecto — y ajustó su propio comportamiento a eso, incluso en contra de su propio cuerpo.

¿Y sabes qué es lo más bonito de todo? No era solo astucia. Era amor. Todo ese esfuerzo — la espera, el acercarse sigilosa, el quedarse quieta toda la noche, la lucha contra sus propios ronquidos — todo eso lo asumía por una sola cosa: estar conmigo. Acostarse en mi cama le importaba tanto que para eso ponía en juego todo su ingenio y todo su autocontrol. La astucia estaba al servicio del amor. No se colaba para fastidiar. Se colaba para estar cerca.

Éramos cómplices, ella y yo. Una alianza secreta, cada noche de nuevo, contra el destierro por ronquidos. Ella se escabullía hasta mí, compartíamos la noche, y Nicole nunca se dio cuenta de nada. Había en ello algo profundamente conspirador — ella y su humano, muy quietos, muy cerca, un secreto de dos.

Así fue como impuso su voluntad. Sin escándalo, sin ladridos. Con cabeza y con corazón. Gobernaba su pequeño reino con inteligencia y encanto — y sabía muy bien que el lugar más lindo de ese reino estaba a mi lado, en la cama.

Quizás no sea casualidad que más tarde, al final de todo, fuera otra vez la cama donde quería estar. Siempre fue su lugar. Nuestro lugar. Desde la primera noche secreta hasta la última. ##
Capítulo 8 · Sus cosas



Toda personalidad de verdad tiene sus rarezas. Pebbels tenía las suyas — y uno de los lados más bonitos de nuestra vida juntos era que yo la dejaba hacer sus cosas. Ese era nuestro trato: ella podía ser completamente ella misma, con todo lo que eso traía, con todas sus mañas y sus principios.

Toma, sin ir más lejos, la comida. Siempre les dábamos de comer a los dos juntos, y casi siempre la cosa iba así: yo ponía la comida — y Pebbels primero esperaba a ver qué hacía Bam Bam. Él, claro, se lanzaba de inmediato sobre su cuenco, ñam ñam, sin gastar ni un pensamiento. ¿Y ella? Olía un momento su propia comida, luego se iba hasta el cuenco de Bam Bam e inspeccionaba: ¿ahí adentro hay lo mismo? ¿O será que a este le dieron algo mejor?

Solo después entendí lo que casi siempre era eso. No era solo glotonería — una inspección. Un control de calidad. Ella se aseguraba de que todo estuviera en regla, de que nadie recibiera trato preferencial — y solo cuando eso quedaba aclarado, iba a su propio cuenco. Bam Bam comía. Pebbels inspeccionaba. Eso ya dice mucho sobre la diferencia entre los dos. La mayoría de las veces la dejaba seguir con lo suyo, porque me daba cuenta de lo importante que era para ella.

Pero la verdad es la verdad, no quiero pintarla mejor de lo que era: a veces no se quedaba en el control. A veces era puro descaró — entonces se ponía a comer sin el menor reparo de su cuenco, y yo sí tenía que intervenir. No por mezquindad; ella no le envidiaba su comida. Se lo tomaba solo porque quería y porque podía. La pequeña jefa, que sencillamente se tomaba lo que le gustaba — y que con eso seguramente también quería subrayar su superioridad. Y eso que ya

hacía rato era del todo innecesario: Bam Bam llevaba mucho aceptando su liderazgo y nunca se lo había disputado. Ella igual tenía que demostrarlo. Eso también era ella.

Y luego, el ritual del final. Cuando Bam Bam terminaba, su cuenco, por supuesto, tenía que quedar bien lamido. Y cada resto que hubiera caído al lado tenía que ser recogido. Su pequeña neurosis obsesiva, si se quiere. Tenía que haber orden, nada podía quedar tirado. Nunca pudimos quitarle esa costumbre — y la verdad, tampoco queríamos. Es que ella tenía sus principios.

Y luego estaba su manera de manejar lo de tener que salir — también eso una pequeña obra maestra de consideración. Cuando tenía que hacer pipí o quería salir, nunca lo decidía sin más por su cuenta para hacerlo en cualquier rincón de la casa. Venía hasta mí y me avisaba, con toda educación — o se sentaba junto a la puerta y esperaba con paciencia a que alguien viniera. Nada de ladridos, nada de empujones, nada de gimoteos exigentes. Avisaba, y luego esperaba. Pedía, nunca exigía. Y si alguna vez yo no podía de inmediato, pues seguía esperando, todo lo que le fuera posible aguantar.

Y lo más asombroso venía cuando de verdad, por mucho que quisiera, ya no podía aguantar y no había nadie en casa. Ni siquiera entonces se ponía a hacer sus necesidades en cualquier lado, donde le viniera bien. No. Se buscaba el único sitio en el que el daño era el menor posible: el cuarto de la caldera. El cuarto más sobrio, más insignificante de toda la casa — ahí donde un percance se limpiaba con la mayor facilidad y donde menos se estropeaba. Nada de alfombra, nada de sala, nada importante. Párate a pensarlo un momento. Incluso en su mayor apuro, incluso cuando ningún humano la veía y nadie podía elogiarla ni reprenderla por ello, su primer pensamiento era: no causar ningún daño, no ser una carga para nadie. Algo así no se le enseña a ningún perro. Eso no se puede adiestrar. Salió del todo por sí solo, de una decencia que ella sencillamente llevaba dentro. Y si eso no lo dice todo sobre ella, entonces yo tampoco lo sé.

Y luego estaba el asunto de la mesa. Para algunos eso habría sido mendigar — para mí jamás. Mendigar hace ruido, insiste, molesta. Ella no hacía nada de eso. Se sentaba a una distancia digna, muy quieta, y observaba. Ni un sonido, ni un gemido, ni un empujoncito. Y lo más lindo: en cuanto notaba que yo estaba conversando o que en ese momento no tenía atención para ella, simplemente se echaba debajo de la mesa. Bam Bam, por cierto, también. Llamémoslo cuestión de opinión — para mí eso no era mendigar, sino estar ahí con buenos modales.

Las reinas no mendigan. Avisan.

Otro pequeño ritual lo teníamos en la cama. De vez en cuando me daba un gusto ahí, un snack, una pizza pequeña por ejemplo — y ella siempre recibía los pedacitos del borde. Eso era parte del asunto, era lo nuestro. Sabía exactamente cuándo llegaba el momento, se sentaba a mi lado y esperaba con paciencia su parte.

Su archienemigo era la aspiradora. Y no es que ella la evitara — al contrario. En el momento en que esa cosa se encendía, daba absolutamente igual dónde estuviera o qué estuviera haciendo: ahí estaba, lista, en pie de guerra. El monstruo era atacado de frente, por la boquilla, con decisión y valentía. Otros perros se esconden debajo del sofá cuando llega la aspiradora. Ella no. Ella le plantaba cara al intruso rugiente y defendía su reino. Era la misma Pebbels que no le sacaba el cuerpo a ningún enemigo — la luchadora del peluche, la guardiana en el respaldo del sofá — solo que en su versión cómica y cotidiana.

Y luego estaban los tomates. Tomates, precisamente. Esas cosas eran para ella un completo misterio — agarraba uno con el hocico, y Nicole y yo podíamos literalmente verla pensar: ¿Eh? ¿Qué es esto? Ni comida, ni presa, ni un juguete de verdad — medio rara, esa cosa. ¿Y qué se hace con algo que no se puede clasificar? Ella lo sabía: se lanza por los aires. Y de repente el tomate raro era el mejor juguete del mundo, y con eso se divertía como nunca en la vida. Por cierto, jamás se comió un tomate — comer no era el punto. Los tomates eran para tirarlos, y listo. La aspiradora se combatía, el chorro de agua se cazaba, el tomate se lanzaba — ella tenía su propia respuesta para cada misterio de este mundo.

Y ya que quiero seguir siendo honesto, también forma parte de esto el lado nada glamoroso. Después de hacer sus necesidades, muchas veces tocaba limpiarle el trasero — reina o no reina. Y luego el clásico del que todavía hoy me río: el arrastre por el césped. Cuando le daba por ahí, salía disparada con todo el trasero y las dos patitas delanteras cruzando el césped, y el resto venía detrás — y mientras tanto miraba con tanta dignidad, como si fuera la cosa más natural del mundo. Esa mezcla era tan pero tan ella: la majestad y el pequeño payaso en un mismo cuerpo.

Había otra particularidad que nunca pudimos quitarle — y con eso muchas veces me reí en secreto de Nicole, pensando: sí, sí, tú dale. Al pasear, ella siempre iba adelante. Claro que iba adelante — ella era la jefa. Para mí no era cuestión de mala educación, sino el orden natural visto desde ella: el que manda va adelante. Yo lo sabía, y en algún momento simplemente lo acepté.

Nicole, en cambio, lo intentó una y otra vez. El número clásico: a ver, ahora sí vas a ir al pie. ¿Y qué hacía Pebbels? Por un ratito seguía el juego — bueno, está bien, si no queda de otra —, con esa mirada ligeramente fastidiada que ya decía: esto lo hago por ti, pero las dos sabemos que no va a durar. Y luego se iba deslizando muy despacio otra vez hacia adelante. Zas, de vuelta a la punta. Business as usual. Eso nunca duraba mucho, igual — era obvio.

Era la misma persistencia suave y terca de siempre. Sin rebelión, sin berrinches, sin gruñidos. Solo la imposición amable e imperturbable de su voluntad, hasta que todo volvía a estar como ella consideraba correcto. Nunca tuvo que alzar la voz. Simplemente aguantaba más que cualquier intento de educarla. Y yo la dejaba ir adelante, porque hacía tiempo que había entendido: con una personalidad así, es mejor nadar con ella que contra ella.

Cuando sonaba el timbre, no había quien la parara. Ya fueran dos personas o cinco — se lanzaba como una loca, correteaba, se aceleraba, hasta que también el último en la sala la hubiera notado. Un hola general para todos no contaba. Cada uno tenía que presentarle sus respetos, en persona. Y en el momento en que la audiencia estaba completa, en que de verdad cada uno le había prestado atención una vez — listo. Entonces se calmaba, satisfecha, como si eso fuera exactamente lo que necesitaba. Recibía a su corte. Un “Sentado” o cualquier otra orden no tenía ninguna posibilidad en esos minutos, esto le importaba demasiado. Quién entraba, eso tenía que verlo. No negociable.

Y luego estaban las pequeñas rarezas tiernas que a uno le llenaban el corazón. Por ejemplo, siempre se sentaba como un cachorro, en esa típica postura de cachorro sentado, incluso cuando ya hacía mucho que era adulta. Una cosita tan pequeña, y sin embargo tan inconfundiblemente ella.

En la mayoría de las cosas era sorprendentemente flexible. Un lugar propio para comer, un rincón propio — qué más da, nada de eso le importaba gran cosa. Pero con una cosa no toleraba bromas: el lugar a mi lado. Ese era suyo, y de nadie más. Eso no podía ser de otra manera.

Si yo, por ejemplo, tenía alguna vez a Bam Bam en brazos — imposible. Y eso también era típico de ella: nunca lo resolvía con agresión. Ni gruñidos, ni protestas, ni enseñar los dientes. Simplemente se metía en el medio a empujoncitos. Con toda suavidad, con toda naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo: listo, ahora estoy yo aquí. Este es mi lugar.

Bam Bam y yo hasta teníamos que acurrucarnos a escondidas. Porque acurrucarse sin ella — no, no, eso no podía ser. Ella me mostraba de la manera más mansa que te puedas imaginar: tú me perteneces. No con amenazas, no a punta de ruido. Sino con una persistencia cálida y terca. No tenía que decirme que yo era su humano — simplemente se iba metiendo, una y otra vez, entre todo lo demás y yo, hasta que quedaba claro: este lugar está ocupado.

¿Y sabes qué dice eso de ella? Era generosa con todo — solo conmigo no. Yo era su línea roja. Todo lo demás lo podía compartir. A mí no. Y no lo defendía con violencia, sino con amor, metiéndose en el medio con suavidad y persistencia. Ese es quizás el detalle más conmovedor de todos, porque muestra lo profundo y lo exclusivo que era su vínculo conmigo.

Esas rarezas no eran defectos que hubiera que corregir. Eran ella. Y amarla significaba dejarla ser todo eso — la inspectora, la recogedora quisquillosa, la guerrera contra la aspiradora, el cachorro al sentarse, el alma dulce y celosa que se metía entre el mundo y yo. Yo la dejaba hacer sus cosas. Ese era todo el trato, vivido en cien pequeñas cosas.

Uno no ama a alguien limándole las aristas. Lo ama dejándole las aristas tal como son. Y un perro que puede ser completamente él mismo es un perro feliz. Eso era ella.

Capítulo 9 • Su mirada despierta



Quien haya visto la imagen del principio de este libro conoce sus ojos. Esa mirada. Todo el que se cruzaba con ella la veía de inmediato: estaba despierta. Estaba presente. Observaba. Nada se le escapaba — absolutamente nada.

Y eso no era un decir. Con los perros normalmente pasa que perciben el mundo sobre todo por la nariz y los oídos; la vista no suele ser su punto fuerte. Al menos así lo conozco yo. Pero ella era distinta — y de una manera que resultaba casi inquietante.

Fuera en la oscuridad o a plena luz del día: ella veía los detalles más pequeños. Cosas que yo solo notaba mirando con muchísima atención — si acaso. A veces fijaba la vista en algo, inmóvil y atenta, y yo miraba en la misma dirección y veía: nada. Solo si me esforzaba de verdad lo descubría, quizás — un movimiento diminuto, un animalito allá al fondo, algo justo en el borde

de lo visible. Sus ojos captaban lo que los míos pasaban por alto. Muchas veces me he preguntado cuántas cosas habrá visto ella que yo pasé por alto toda mi vida.

Pero no eran solo los ojos. Era todo su ser. Siempre estaba despierta, siempre atenta, absorbía todo a su alrededor y lo procesaba. Piensa en todas las historias: la observadora que primero miraba si valía la pena siquiera levantarse. La inspectora del cuenco de comida. La guardiana en el respaldo del sofá. Todo viene de la misma fuente — una cabeza que observaba sin parar, que sopesaba, que pensaba. Su vigilia no era un estado que encendía y apagaba. Simplemente estaba ahí, siempre.

Y esta es otra de esas cosas que la hacían más que “solo un perro”. Una percepción más aguda que lo normal. Una atención que nunca se apagaba. Y detrás de esos ojos, siempre, esa sensación: ahí hay alguien en casa. Ahí alguien piensa. Ahí alguien percibe.

La forma más bonita en que vi esa vigilia fue en un pequeño juego. Un punto láser, el haz de una linterna, una mancha de luz que se reflejaba en cualquier parte — algo así la ponía como loca de emoción; salía disparada por toda la casa, con Bam Bam siempre detrás. Pero lo verdaderamente asombroso no era que persiguiera el punto. Era que sabía exactamente de dónde venía. Nunca tomó la mancha por un animalito de verdad al que darle caza. La rastreaba hasta su fuente — hasta mi mano, hasta la lámpara. Entendía que ahí había un origen. Solo con una clase de luz hasta ella se quedaba impotente: con los reflejos, el destello casual de un reloj bajo el sol, por ejemplo. Esos venían de la nada, imprevisibles, sin una mano detrás — esos hasta a ella la desconcertaban. Pero captaba cada punto de luz del cuarto, por diminuto que fuera. Nada, absolutamente nada, se le escapaba a esos ojos.

Quizás esa sea también la razón de que justo esa foto la capte tan bien. Uno la mira — y se siente mirado. Eso no es una casualidad de la cámara. Eso era ella. Exactamente así era como lo miraba a uno: directa, presente, despierta.

Sus ojos lo vieron todo. Y lo único a lo que me aferro: también me vieron a mí. Me vieron de verdad — como nadie más me ha visto jamás.

Capítulo 10 • El agua



Cuando quiero imaginármela llena de vida — de verdad llena de vida —, pienso en agua. El agua era su imán. La piscina, la manguera, los aspersores. En cuanto había agua de por medio, se volvía loca y se divertía como nunca en la vida.

La piscina, en general, era totalmente cosa suya. Ya durante el armado se paraba al lado y vigilaba con cuidado que yo lo hiciera bien, como debe ser — con la misma mirada inquisidora con la que si no controlaba el cuenco. Y llenarla era todo un acontecimiento aparte. El agua que salía de la manguera la atraía como nada más en el mundo; apenas empezaba a correr, ya estaba metida en medio y perseguía el chorro, completamente loca de alegría. La verdad, cada vez era una pequeña batalla — ¿cómo se supone que uno llena una piscina si alguien ataca sin parar el chorro de agua? Al final igual se llenaba, pero ahí nada salía sin pelea. Y ni hablar de los aspersores del jardín: ahí se la pasaba detrás del chorro de agua, saltaba, alborotaba, no había manera de que se calmara.

¡Y qué saltos aquellos! Esa cosita pegaba brincos de metro y medio, dos metros. Se trepaba a todas partes de un salto — a la silla, a la cama alta, no importaba la altura, lo lograba. Y si a la primera salía mal, eso no era motivo para rendirse. Al contrario: entonces quería lograrlo con más ganas todavía. Lo intentaba hasta que le salía — y le salía. En su cabeza no existía el “no se puede”. Solo el “todavía no”.

El chorro de agua era, de por sí, su gran enigma. Al regar las flores, por ejemplo: había que acabar con el chorro. Sí o sí. Y eso que ahí no había nada que morder, nada que agarrar. Y creo

que justo eso era lo que la volvía loca — ese condenado chorro de agua, ahí y a la vez no ahí, imposible de agarrar, imposible de vencer. Para una cabeza como la suya, que quería entenderlo y controlarlo todo, eso tuvo que ser un enigma sin solución. Uno de sus grandes adversarios inasibles, al que nunca logró atrapar. Y aun así lo volvía a intentar cada vez.

No todo lo que cazaba era tan inasible como el chorro de agua. También estaba la versión tranquila, dentro de casa, en la cama: “atrapa el ratón”. Yo simplemente movía los dedos debajo de la cobija, para aquí, para allá — y para ella y para Bam Bam eso era, cada vez de nuevo, una locura total. Por fin una “presa” que se movía y que de verdad se podía atrapar. Los dos se lanzaban con ardor sobre el bulto errante bajo la tela, y yo estaba debajo, muerto de risa. Un jueguito, nada más — pero muestra las mismas ganas de cazar, solo que esta vez con un final feliz para la cazadora.

La piscina en sí era un tema aparte. Cuando estaba armada y afuera hacía calor, a veces terminaba en el agua sin querer. Pero eso de estar sin nada de suelo bajo las patas — no era lo suyo. Ella era más bien del tipo que pisa firme. Refrescarse, sí, eso estaba bien. Y andar en bote sobre el colchón inflable también funcionaba — lo importante era estar ahí. Nadar, no necesariamente. Pero estar ahí, conmigo, eso sí le importaba.

Su propia piscina también tenía, por supuesto — una pequeña, toda para ella. Cuando otra vez hacía demasiado calor, se metía de un salto sin más y se refrescaba, justo a su gusto. ¿Bam Bam, en cambio? A él toda esa magia del agua lo dejaba totalmente frío. Agua — ahhh, no gracias. Prefería mantener una distancia prudente de toda esa vaina mojada. Dos perros, dos mundos: ella en medio de todo, fuera de sí de alegría, él seco y tan tranquilo al lado.

Y luego estaba nuestro juego de la piscina, que hasta hoy es un enigma para mí — mejor dicho: hoy sé que no era ningún enigma. Era un juego. Yo dentro de la piscina, ella dando vueltas alrededor. Saltaba hasta el borde y armaba un escándalo: “¡HOOOLAAA!”, algo así. Cuando yo salpicaba agua, ese era el punto culminante — ahí se veía siempre al perro entero en el aire. Pero apenas me acercaba al borde para agarrarla: fiu, ya no estaba. Así que a salir de la piscina para atraparla — ni chance, rápida como una comadreja, la pequeña. Y apenas yo estaba de vuelta en el agua, ahí estaba ella otra vez.

Solo con el tiempo caí en cuenta: ella estaba jugando conmigo. A su manera, con sus reglas. Yo tenía permiso de jugar — pero las reglas las ponía ella. Igual que siempre había reclutado a Bam Bam, ahora me había convertido a mí en su compañero de juego.

Y yo no era la única ficha en el juego. Nicole formaba parte igual. No importaba quién de nosotros estuviera en la piscina y quién alrededor — Pebbels nos tenía a los dos vigilados al mismo tiempo. Nicole lo intentó todo para acercarse a escondidas por detrás, muy calladita, mientras yo la distraía por delante. Ni una posibilidad, ni la más mínima. Con distracción o sin ella, notaba cada movimiento. Entre los dos, menos aún se la podía engañar — tenía todo el jardín vigilado, a cada uno de nosotros, todo el tiempo.

En algún momento intenté algo. Cada vez que lograba atraparla, se iba conmigo al agua — y como eso de no tener suelo bajo las patas no le daba buena espina, supongo que para ella era una especie de escarmiento. ¿Y qué pasó? Lo registró de inmediato. Y no solo ese día. Que hubiera pasado un año o dos — todavía lo sabía con toda exactitud. Que la atraparan

significaba piscina, así que no se dejó atrapar más. El truco no funcionó una segunda vez. Era demasiado lista para eso.

Así que me dije: entonces lo hacemos de otra manera. No con astucia, sino con confianza. La fui atrayendo hacia mí poco a poco, con toda calma — y cuando estuvo ahí, simplemente la acaricié. Nada de piscina, nada de tirarla al agua. Solo caricias. ¿Y sabes qué? Después de eso, ella sabía exactamente qué era lo que yo tenía en mente. Podía leer si yo quería agarrarla y cargarla al agua o si iba en serio. Reconocía la diferencia entre mis intenciones.

Y ahí está otra vez, lo mismo que con todo: la astucia no funcionaba con ella — era demasiado inteligente para eso. La confianza sí funcionaba. Siempre. Ella se daba cuenta de lo que yo tenía en mente antes de que yo diera un solo paso. Así era ella. Hasta en la piscina, hasta en pleno juego.

Así quiero recordarla. No enferma, no débil. Sino vivaracha, rápida como una comadreja, el perro entero en el aire, loca de alegría por un chorro de agua. Llena de vida.

Capítulo 11 • Sus archienemigos

Toda reina tiene sus enemigos. Pebbels tenía unos cuantos — y se dividían en dos grupos: los que podía enfrentar, y los que la sacaban de quicio porque simplemente nunca lograba atraparlos.

Empecemos por los grandes. A los perros grandes, de por sí, no los soportaba mucho. Una vez se escurrió por debajo de la cerca y salió detrás de los dos rottweilers del vecino. Se oyó un chillido — y ya pensábamos: ay, no. Pero no. No era Pebbels la que chillaba. Era uno de los rottweilers.

En honor a la verdad, tengo que aclarar: eran rottweilers todavía jóvenes, o sea que no tenían aún su tamaño completo. Pero eso no cambia el fondo del asunto. Esta bulldog pequeña y compacta pasó por debajo de la cerca y se enfrentó a dos perros bastante más grandes, sin dudarle un segundo. El tamaño del adversario le daba exactamente igual. En su cabeza, ella era la más grande del territorio, sin importar cuánto pesara el otro. Simplemente no tenía miedo. O mejor dicho: su seguridad en sí misma era más grande que cualquier diferencia de tamaño.

Pero su verdadera archienemiga, su Moby Dick, era la gata del vecino.

Aquella contienda era legendaria — y trágica, porque entre las dos estaba esa maldita cerca que le negaba a Pebbels el ajuste de cuentas. Y la gata, esa bestia, lo sabía perfectamente. Se sentaba afuera con toda la calma del mundo, relajadísima, y en el fondo se burlaba de ella: Ven. Ven para acá, si te atreves. Y Pebbels se volvía loca. Esa ratita, ¡espera a que te agarre! Se le notaba la desesperación. La impotencia debe de haberla sacado de quicio. Ella, que quería controlarlo y resolverlo todo — y ahí estaba sentada esa bola de pelos con aires de superioridad, justo fuera de su alcance, disfrutándolo a más no poder.

¿Y sabes qué es lo curioso? Era exactamente lo mismo que con el chorro de agua. Otra vez un adversario que no lograba atrapar — ahí y aun así inalcanzable. El chorro de agua con todos sus parientes inasibles — el punto láser, la luz reflejada — y la gata: esos eran sus grandes enigmas sin resolver. Los dos la volvieron loca, y a los dos nunca los venció. Es casi la broma recurrente de su vida: ese pequeño ser que lo tenía todo bajo control — menos las dos cosas que no se dejaban atrapar por nada del mundo.

Con la aspiradora lo tenía más fácil. Esa por lo menos estaba ahí, a esa podía agarrarla, podía lanzársele a la boquilla — un enemigo que sí se podía tocar, por así decirlo. Pero la gata y el chorro de agua seguían siendo inatrapables. Y para una cabeza como la suya, que quería resolver cada problema, no había nada peor que un adversario al que no se le puede echar mano.

Al final, sus enemigos dicen tanto de ella como todo lo demás. No le temía a nada que estuviera a su alcance — desde la aspiradora hasta el rottweiler. Y sufría por las dos cosas que se le escapaban. Así era ella de pies a cabeza: una luchadora hasta la médula, que simplemente no soportaba la idea de que algo quedara fuera de su control.

Capítulo 12 • Su corazón

De todo lo que era — la guardiana, la pequeña ladrona, la jefa que iba adelante —, esto era lo más callado. Y si soy honesto: lo más grande.

Apenas me echaba en el sofá, ahí estaba ella. “¡Yupi, hora de mimos!” — casi se le podía oír, así venía correteando, zas, directa a mi brazo. A veces simplemente hundía el hocico en el hueco de mi brazo, bien profundo, como si quisiera desaparecer ahí dentro. Luego ponía las dos patitas sobre mi brazo y la cabeza encima — o se acurrucaba con todo lo que tenía en el pliegue de mi brazo y se apretaba contra mí, cálida y pesada y bien cerca. Desaparecer ahí dentro no podía; para eso era una cosita demasiado maciza, catorce kilos de pura bulldog. Pero más cerca que en esos momentos, imposible.

En la cama tenía su propia manera, callada, de pedir. Se quedaba ahí sentada, me miraba, y entonces venía la pata — muy suave, una petición callada. Yo levantaba la cobija, y ella se acurrucaba junto a mí. Nada de ladridos, nada de empujones. Solo la pata y la mirada. Nunca tenía que hacer más.

Pero la imagen que nunca voy a olvidar es otra. Estaba echada en mi regazo, y entonces se daba vuelta boca arriba, la panza hacia arriba, los ojos cerrados, las cuatro al aire. Del todo desprotegida. Y yo le rascaba la panza, tal como a ella le encantaba — de eso tengo tantas imágenes que ni siquiera puedo contarlas.

Hay que saber lo que eso significa, y justamente en ella. Un perro solo entrega la panza cuando confía al cien por ciento. Panza arriba significa: estoy indefensa, y me da igual, porque sé que aquí no me va a pasar nada. Y ahora acuérdate de dónde venía — de un garaje, rechazada por su propia madre y encerrada, en un lugar donde no podía confiar en ningún ser humano. Un comienzo así le enseña a un ser a ser precavido y a no entregarse. Y justamente ella, conmigo, cerraba los ojos y dejaba la panza al descubierto. La confianza no puede ser más grande. No me dijo que me quería — me lo mostró, con lo más vulnerable que tenía.

Entonces siempre le daba un beso en su tierna panza. Eso era parte del asunto, era lo nuestro.

Y había una cosa tan adorable que todavía hoy me saca una sonrisa. Cuando había dormido un rato en el hueco de mi brazo y se despertaba, a veces se daba cuenta de que, dormida, me había babeado un poquito. ¿Y entonces? Entonces lo volvía a limpiar con la lengua, muy formalita. Como si quisiera disculparse — “Ups, perdón.” Un ser tan pequeño, y tanta decencia, hasta medio dormida.

Ese era su corazón. Ninguna educación habría podido producir eso jamás, ninguna orden, ningún trato. Simplemente estaba ahí — de ella, para mí. Y es a esto a lo que hoy me aferro: no me dio su corazón porque yo me lo hubiera merecido. Me lo dio porque esa era su manera de amar — por completo, sin reservas, con todo lo que era. # TERCERA PARTE — Lo que comprendí

Ahora que el mundo la conoce: lo que me enseñó — y lo que solo veo al mirar atrás.

Capítulo 13 • Ella me educó a mí

Llegué a ella con la idea que seguramente tiene todo el mundo: ahora tengo un perro, ahora tengo que educarlo. Tengo que enseñarle quién manda. Me tomó mucho tiempo entender que la cosa era exactamente al revés. No fui yo quien la educó a ella. Ella me educó a mí. Y, sinceramente, con toda la razón.

Donde más claro lo noté fue en una cosa que en realidad es una pequeñez y que hasta hoy me deja asombrado cuando la pienso: dar la pata.

Fue un día en la cocina, yo tenía un premio en la mano y pensé: a ver, inténtalo. Le mostré el premio y le extendí la mano. Ella primero se me quedó mirando. “¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí?” Ni idea de qué quería yo de ella. Lo hice tres, cuatro veces. Y entonces — entonces vino la pata. Y entonces el premio. A partir de ahí, funcionó.

Yo no le tomé la pata para ponerla sobre mi mano. No la llevé yo. Solo extendí la mano y esperé, y ella solita descubrió lo que yo quería. Esa es la diferencia. No aprendió nada de memoria. Me leyó a mí y encontró la solución por sí misma.

Pero eso todavía no era lo asombroso. Lo asombroso vino después. Captó cuál pata. Mano derecha — pata izquierda. Mano izquierda — pata derecha. Entendió que la respuesta no era simplemente “pata”, sino que la posición de mi mano determinaba cuál pata tocaba. Eso ya no es un numerito aprendido de memoria. Eso es una regla con una variable. Descifró una relación, no solo se grabó una orden. Y que venga alguien a decirme que los perros son tontos.

¿Y Bam Bam? Él se quedó mirando unas cuantas veces — y después también sabía hacerlo. Ni una sola vez se lo enseñé. Se lo copió a ella, igual que ya había copiado lo de abrir la barrera. Siempre lo mismo: ella lo hacía primero, él la seguía. La pequeña jefa y su gran alumno.

Lo bonito de esta historia, comparada con sus fechorías: el pan de sándwich, el chocolate — eso era su ingenio jugando contra mí, con astucia, por su propio botín. Pero dar la pata era comunicación conmigo. Un pequeño juego que desarrollamos juntos, una conversación sin palabras. Yo extendiendo la mano, ella responde con la pata correcta. Eso es entendimiento entre dos seres que no tienen un idioma en común — y que aun así se entienden. Casi más conmovedor que toda su viveza, porque muestra lo unidos que estábamos.

También existía el otro lado, sobre todo al principio. Un par de mañas. Mordisquear la mesa de madera, por ejemplo. Al día siguiente hubo regaño. Y aquí viene el punto donde le llevo la contraria a lo que dice todo el mundo: “Un perro, al día siguiente, ya ni sabe lo que hizo.” Ella sí. Ella sabía perfectamente por qué le tocaba el regaño. Se le notaba. Y no lo volvió a hacer nunca más.

Aún más que en la mesa de madera, eso lo vi con las chancletas de Nicole. A sus chancletas de verano les tenía cariño, y Pebbels también les tenía cariño — solo que a su manera, para hincarle el diente. Esas cosas eran simplemente demasiado tentadoras. Y entonces pasaron días. No a la mañana siguiente, días. En algún momento Nicole agarró las chancletas masticadas, fue con ellas hasta ella y le echó un sermón, solo con palabras. Y cuesta creerlo: Pebbels supo de inmediato de qué se trataba. Se le notaba. Conectó las chancletas mordidas de entonces con el enojo de ahora, a lo largo de varios días. Eso ya no es memoria de perro. Eso es comprensión.

Y ahora que lo pienso bien: esas fueron, en toda una vida de perro, las dos únicas cosas por las que alguna vez tuvimos que forcejear — la mesa de madera y las chancletas de Nicole. Dos. Nada más. Todo lo demás lo supo ella solita. A eso se le suele llamar educación, pero no es la palabra justa. Educar es enseñarle a un perro lo que quiere el humano. Con ella era otra cosa: hacía lo correcto porque era correcto, no porque yo se lo exigiera. Eso no es obediencia. Eso es decencia. Y la decencia no se adiestra — uno ya la trae consigo o no la trae. Ella la traía, desde el principio.

Ya sé lo que dicen los expertos: un castigo que llega demasiado tarde después de la travesura no le sirve de nada a un perro, porque ya no conecta el regaño con la falta. Como regla, hasta es cierto. Pero ella nunca fue la regla. Y, sobre todo, eso es algo muy distinto a afirmar que un perro ya no sabe lo que hizo. Ella lo sabía. Y entendió lo que yo no quería, y lo respetó. Eso no es un animal tonto que reacciona por reflejo. Eso es un ser que aprende, entiende y decide.

Uno oye seguido que a un perro hay que vencerlo, someterlo, para que te respete. Tonterías. Ella me respetaba — con un respeto real, profundo. Pero no porque yo la hubiera quebrado alguna vez. Sino porque entre nosotros había confianza. Sabía exactamente dónde estaban sus límites, sabía exactamente cuándo ya era suficiente y cuándo era hora — y no por miedo, sino porque nos entendíamos. Esa es la diferencia que ningún entrenador de perros me habría podido enseñar tan claro como ella: el respeto no viene de vencer. Viene de la confianza.

Y ese respeto no lo tenía solo por mí. Por Nicole igual, por cada uno que entraba por la puerta. Pero — y esto es lo astuto — leía a cada uno por separado. Con cada uno sabía exactamente hasta dónde podía llegar. Conmigo el límite era más elástico, porque me tenía calado, al más blando. Con Nicole era más estrecho. Eso no es adiestramiento donde uno se somete y el otro ordena. Eso es un ser que lee a las personas y se adapta a cada una. La pequeña ratoncita astuta.

Y con franqueza: yo mismo no siempre fui tan sereno como suena esto aquí. Bastante seguido intenté controlarla — por miedo a que, en su exceso de entusiasmo, saliera corriendo o se metiera con el perro equivocado; lo del Rottweiler todavía lo llevaba metido en los huesos. Mi confianza no siempre estaba al cien por ciento. Hoy lo veo distinto; bien podría haberle tenido más confianza. Y cuando ya nada servía, pues la engañaba con un truco — la atraía al garaje, ella detrás, zas, puerta cerrada, unos minutos de tranquilidad. Se quejó, claro. Nunca me lo tomó a mal. Ni una sola vez. Justamente el garaje, que alguna vez había sido para ella un lugar tan frío — conmigo era apenas una jugarreta de lo más transparente, que la indignaba un momento y al siguiente ya la había olvidado. Ella sabía que conmigo estaba segura.

Llegué a ella para enseñarle el mundo. Me fui como alguien a quien ella le enseñó el mundo. Me mostró cómo se lee a otro ser sin que hable. Me enseñó que la inteligencia no está atada a las palabras. Y me abrió los ojos de una vez por todas a lo que un perro es en realidad — no un

subordinado, no un juguete, sino alguien de tú a tú. Desde ella, veo a los perros con ojos completamente distintos. Eso es quizás lo más grande que me dejó: no solo su recuerdo, sino una nueva mirada hacia los de su especie.

Ella me educó a mí. Y le agradezco cada lección.

Capítulo 14 • Por qué era como era

Ahora que ya no está, a veces me quedo sentado pensando en ella. En todas las pequeñas cosas que la hacían ser ella. Y con el tiempo se me hizo claro algo que entonces no vi: nada de eso era casualidad. Todas sus rarezas, todas las manías que me sorprendían, me hacían reír y a veces me molestaban — iban juntas. Tenían una razón común.

Cuando miro atrás hoy, veo un solo hilo que atraviesa todo: ella quería entender el mundo y mantenerlo en orden. Nada podía quedar sin aclarar para ella, nada sin controlar, nada librado al azar. No era una perra que simplemente iba tropezando por la vida. Era una cabeza pensante que quería evaluarlo todo, entenderlo a fondo y ponerlo en orden.

Y de repente todo cobra sentido. La inspección en el cuenco de Bam Bam era control de calidad — todo tenía que estar en regla. Que al pasear siempre fuera adelante no era desobediencia, sino liderazgo; el que manda va adelante. Cada visitante tenía que ser revisado uno por uno: ¿quién eres tú, perteneces aquí? Con otros perros, atada a la correa, se ponía fuera de sí, porque quería aclarar el asunto y la correa se lo impedía. Hasta a la aspiradora atacaba — ese monstruo ruidoso que invadía su territorio y al que por eso tenía que poner en su lugar. Y que en el agua no le gustara quedarse sin suelo bajo las patas encaja igual: donde no tenía la situación bajo control, no se sentía a gusto.

Donde mejor se ve esto es en su gran misterio, ese que nunca logró dominar: el chorro de agua. Ahí había algo que podía ver con claridad, que la desafiaba — y que aun así jamás se dejaba atrapar. Para una cabeza que quería controlarlo todo, eso debe de haber sido una locura total. Y justo por eso no la soltó en toda su vida. Justamente lo que escapaba a su control con más terquedad se convirtió en su mayor pasión.

¿Y de dónde venía todo eso? Una parte, creo, se remonta hasta el mismísimo principio, hasta el garaje. Un ser que tuvo que aprender temprano que nadie viene cuando llamas, que no te puedes fiar de nada — un ser así toma las cosas en sus propias manos. Controla lo que puede controlar, porque una vez lo había perdido todo. Quizás su eterno revisar y ordenar era, en el fondo, la coraza de una pequeña alma que no quería volver a sentirse jamás a merced de nadie.

Y porque la entendí así, hubo algo que, muy a conciencia, nunca hice: quitarle sus manías a base de educación. Su intrepidez, por ejemplo, ese meterse con perros que eran tres veces más grandes — de buena gana se la habría quitado, por miedo a que le pasara algo. ¿Pero cómo? Explicárselo no podía; ningún perro entiende un “déjalo, ese es más grande”. El único método habría sido dejar que tuviera una mala experiencia, dejar que alguna vez se diera de narices en serio. Y justamente eso no tuve corazón para hacerlo. Porque una mala experiencia podría haberse convertido en miedo, y el miedo habría quebrado justo lo que la hacía ser ella — otra vez, como entonces, al mismísimo principio. Así que preferí dejarla ser la más grande, aunque por tamaño no lo fuera. Así era la más grande, y punto. Su intrepidez y sus rarezas eran dos

caras de la misma moneda; no se podía limar lo uno sin dañar lo otro. Y su valentía intacta valía para mí más que mi propia tranquilidad.

Y si eso es cierto, entonces hace todavía más grande lo que había entre nosotros. Porque en todo ese mundo que tenía que tener tan bien controlado, había un único lugar donde soltaba el control. Ese era yo.

Donde más claro lo noté fue cuando la molestaba en broma — y me gustaba molestarla, justamente porque la conocía tan bien. Se sentaba entonces erguida a mi lado en el sofá, yo la picaba un poco desde el costado, y ella gruñía. Pero bajito, suave, sin nada de seriedad — un juego, no una pelea. Bastaba un “eh” bajito de mi parte, ninguna palabra fuerte, y ya se echaba de espaldas, se subía a mi regazo y se hacía la mejor buena chica. Así aclarábamos nuestras pequeñas diferencias: sin ningún estrés, sin dureza, con un guiño. Con más de un perro, molestar así podría haber acabado de otra manera. Con ella estaba, en cada segundo, cien por ciento seguro: nunca me mordería. Para eso había demasiada confianza entre nosotros. Morder sencillamente no era una posibilidad.

Conmigo no tenía que arreglar nada, revisar nada, vigilar nada. Conmigo no tenía que ser la jefa — podía ser simplemente mi ratoncita. La pequeña reina que supervisaba el mundo entero, conmigo dejaba la corona. Y ese fue su mayor regalo: no su inteligencia, no su vigilancia, sino que justamente ella, que tenía que tenerlo todo bajo control, me tuviera suficiente confianza como para soltar.

Capítulo 15 • Los perros viven en el ahora

Hay una cosa que solo a través de ella comprendí de verdad, y que hoy, de una manera callada, me da consuelo: los perros viven en el ahora. No en el pasado, no en el futuro. En el momento. No llevan en la cabeza ese constante calcular hacia adelante y hacia atrás que a nosotros los humanos nos hace la vida tan difícil. Y no creo que eso sea una carencia. Creo que es un regalo.

Donde más claro lo vi fue en una historia con la que todavía hoy no puedo evitar sonreír. Estuvimos dos semanas en Dubái, y los dos — Pebbels y Bam Bam — se quedaron con nuestra amiga Anja, que tenía perros propios, toda una pequeña jauría. Extrañé a esos dos una barbaridad. Durante dos semanas esperé el reencuentro con la ilusión de un niño chico y me imaginé cómo casi se caerían de la emoción al verme.

Y entonces llegó el gran momento. Llego, me ve — y sí, viene corriendo, se alegra, un breve y cariñoso “¡hola!”. ¿Y después? Zas, se da la vuelta y ya está de nuevo en la jauría. Vaya, vaya, pensé — y al final me reí igual. Porque lo que parecía desinterés era en verdad lo más lindo que uno puede desear: durante esas dos semanas simplemente la había pasado de maravilla. Estaba a salvo, estaba bien cuidada, estaba del todo feliz. No tenía ningún motivo para extrañarnos. (Gracias, Anja.)

Y entonces se me hizo claro algo. Nosotros, los humanos, habríamos pasado esas dos semanas con añoranza, con angustia, contando los días. Ella no. Ella simplemente estaba entera y presente cada uno de los días, allí donde estaba. Nada de darle vueltas al ayer, nada de miedo al mañana.

Y si hoy soy sincero, ese es justamente el consuelo más callado que saco de toda su vida. Un ser que vive en el ahora no se atormenta con lo que viene. Ella no pasó semanas presintiendo lo que se le venía encima. Ella no anduvo, como yo, contando los días al final. Ella simplemente estaba ahí, conmigo, entera en el instante — hasta el último momento. Quizás esa sea la mayor sabiduría que un perrito así lleva dentro: que la vida siempre sucede solo ahora. Y que el ahora basta.

Capítulo 16 • Ni un quejido

En todos esos años, nunca dejó ver que se sentía mal. Nunca. Ni un gimoteo, ni un quejido, ni un lloriqueo para llamar la atención. Simplemente lo aguantaba todo. La cosita siempre lo aguantó todo.

Una vez agarró no sé qué bacterias, algo feo, la estaba pasando realmente mal. ¿Y qué hizo? Nada de teatro. Tomó mucha agua. Salió sola al jardín para vomitar — por delante, y después por detrás ya no salía más que agua. Y en algún momento simplemente se desplomó. Así de enferma estaba. Y aun así: ni un solo sonido de queja. No se echó a lloriquear. Todavía salió al jardín para hacerlo como es debido, y entonces el cuerpo la tumbó. Fue el desplome lo que la delató. Nunca su voz.

Este silencio tiene una razón, creo, y en gran parte es cosa de la raza. Bam Bam es igual. Estos bulldogs franceses son perritos duros, estoicos. Lo aguantan todo, cargan con su dolor sin mostrarlo. Eso es casi típico de la raza — y sinceramente, también una razón por la que con ellos hay que estar doblemente atento. Porque justamente no muestran cuando algo anda mal. Sufren en silencio.

En ella seguramente eran las dos cosas juntas. El carácter duro de la raza. Su propio espíritu de luchadora, el mismo que prefería romper el peluche antes que soltarlo. Y quizás un resto de su origen — un perro al que su propia madre rechazó y al que tuvieron encerrado aprende temprano que quejarse no trae a nadie, que el dolor se carga solo. Ese es el pensamiento conmovedor y un poco triste de todo esto: que en algún momento aprendió a guardarse su sufrimiento. Y que después lo hizo toda su vida, con una dignidad que rara vez se ve incluso en las personas.

Donde más claro vi ese orgullo fue en una pequeña historia, justo cuando ya no estaba bien. Una vez entró como una tromba desde el jardín, con una brizna de pasto en la nariz, y se puso a estornudar como loca. Yo enseguida fui a ayudarla — pero no paraba. Se alteró tanto con eso que se le bajó el azúcar y por un momento se desvaneció. Y lo que casi me partió el corazón: me miraba mientras estornudaba, y se la veía visiblemente avergonzada. Le daba vergüenza no poder controlarse. Me tragué mis propios nervios y me limité a tranquilizarla. Qué perrita tan orgullosa. Porque la vergüenza presupone orgullo, y el orgullo presupone un yo — y las dos cosas las tenía ella, hasta el final.

Y hay todavía otra capa, una que no vuelve su silencio más frío, sino más cálido. Su manera de no dejar ver nada no era solo valentía. Era también orgullo y, por raro que suene, mala conciencia. Incluso cuando alguna vez tenía que vomitar dentro de casa, porque ya no le quedaba otra, le daba vergüenza; se le notaba que se avergonzaba, como si hubiera hecho algo malo. Y eso que, claro está, no había hecho nada malo. Simplemente no quería ser una carga para nadie, ni siquiera cuando estaba enferma. Y en esos momentos yo siempre me agachaba

hasta ella y le decía: “No pasa nada, ratoncita”. Porque necesitaba oírlo. Porque un alma que hasta se disculpa por su propia debilidad necesita justamente eso: que alguien le diga que no tiene nada, pero nada de nada, que enmendar.

Si hubiera podido, le habría quitado una parte de esa carga. Pero creo que ella ni lo habría querido. La cargó ella sola, en silencio, valiente, con dignidad — así como lo cargó todo. Esa valentía es una de las cosas que más amé y más admiré de ella.

La cosita siempre lo aguantó todo. Hasta esa única vez en que de verdad ya no pudo más. #
CUARTA PARTE — La despedida

Su final le pertenece tanto como todo lo demás.

Capítulo 17 • Cuando la cosa se puso seria

Trabajo mucho y casi siempre hasta tarde. En la oficina muchas veces se me hace de noche, y ella siempre estaba ahí — debajo del escritorio, junto a mi silla, en algún lugar cerca de mí. Y en algún momento, cuando otra vez se había hecho tarde, venía hasta mi silla y me miraba. Yo sabía de inmediato qué significaba esa mirada: “Hola. Ya es tarde. ¿Nos vamos a la cama?” Ahí estaba otra vez, la ratoncita lista que maneja a su humano.

A veces le hacía caso y nos íbamos juntos a la cama — a veces de manera muy oficial, cuando Nicole dormía en otra parte, a veces de manera extraoficial, nuestra vieja alianza secreta. Y a veces le decía: “Déjame terminar esto, ratoncita.” Eso también estaba bien para ella. Entonces se echaba a mi lado y esperaba. Paciente. Nada de lloriqueos, nada de presiones, ningún suspiro ofendido. Simplemente esperaba hasta que por fin nos fuéramos juntos a la cama. Me decía su opinión — y aun así me dejaba tomarme mi tiempo. Esa era la confianza entre nosotros, vertida en un gesto pequeñito y de todos los días.

Cuento esto porque la cama fue, desde el principio, nuestro lugar. Y porque lo siguió siendo también al final, cuando las cosas se pusieron difíciles.

Porque en algún momento la cosa se puso seria. En este capítulo no voy a escribir sobre la enfermedad, ni sobre diagnósticos y valores — eso pertenece a otro lugar, no a un libro sobre ella. Aquí quiero contar otra cosa. Quién fue ella en esa época difícil. Porque lo más asombroso de esas semanas no fue lo enferma que se puso. Fue cuánto seguía pensando en nosotros a pesar de todo.

En esa época tenía que salir a cada rato, muchas veces con dolores, a veces seis, siete veces, y la mayoría de las veces al final ya no salía nada. Se notaba que la atormentaba. Y ella se daba cuenta de que a mí también me pesaba. ¿Y qué hizo este pequeño ser? Cuando una vez salía bien, cuando iba rápido, después venía especialmente hasta mí, se paraba frente a mí y me miraba: “Mira, ya estoy de vuelta.” Como si quisiera decirme: no te preocupes, esta vez fui rápida, esta vez todo está bien. En medio de su propia angustia, me consolaba a mí. Pensaba en mis sentimientos mientras ella misma estaba mal.

Como tenía que ir tan seguido, pusimos empapadores en el piso. Y nadie tuvo que explicarle para qué estaban ahí — lo entendió sola, de inmediato. Se ponía encima y hacía justo ahí, al menos la mayoría de las veces. Claro, estaba enferma, no siempre se podía, pero se esforzaba por

hacerlo bien. Eso también era consideración: no quería hacer un reguero, no quería ser una carga para nosotros. Hasta el final, la misma almita digna.

Y luego había algo que hasta hoy me duele en el alma — y que aun así tengo que contar, porque muestra lo profunda que era su confianza. Como llevaba un sensor que debía protegerla, tuvimos que achicarle su territorio; si no, se rozaba contra la cerca. Para la guardiana, cuyo mayor orgullo era vigilar y controlar, esa fue una pérdida silenciosa. Y cuando después yo la mandaba estricto para la casa, muchas veces con un aire de “ya, ahora te vas para adentro”, como si hubiera hecho algo malo — ella siempre me miraba con tanta humildad. Y eso que no había hecho nada malo.

Mucho tiempo me pregunté si ella lo entendió. Y hoy creo: la razón — el sensor, la protección — no la podía comprender. Pero lo más importante sí que lo entendió. Entendió que el límite venía de mí, de su humano. Y esa mirada humilde no era un reproche. Era confianza. Ella cedió sin conocer la razón, simplemente porque era yo. Esa es la confianza más grande que existe: ceder sin entender, porque le crees al otro. Yo le quité una pequeña libertad para protegerla — y ella lo aceptó porque confiaba en mí.

Pero el corazón de esa época era la cama. En esas semanas difíciles me la llevaba conmigo, solo nosotros dos. Y ahí se sentía súper bien. Estoy convencido de que eso le dio fuerzas — no estar echada sola, no en la camita con Bam Bam, sino con su humano, en su lugar favorito del mundo. Disfrutó su trono con cada fibra de su ser. Por fin total y completamente en su lugar, cobijada a mi lado.

Y en esas semanas me mostró lo cariñosa que era en realidad — por completo, sin reservas. Cuando yo me levantaba en la mañana y ella todavía no tenía ganas de levantarse, se enroscaba en el hueco que yo dejaba, justo en el lugar tibio donde yo había estado acostado, y me guardaba el puesto calentito. Quería estar donde yo había estado, quería retener mi calor. Y antes, cuando todavía estaba bien y no hacía demasiado calor, lo que más le gustaba era meterse a dormir bien debajo de mi cobija, pegada a mí, en nuestra pequeña cueva. Lo más cerca posible. Desde el escabullirse a escondidas de los primeros años hasta la cueva debajo de la cobija — siempre fue la misma necesidad: estar conmigo, bien cerca.

Y ahora tengo que decir algo honesto, aunque me cueste. Fue apenas en esas últimas semanas que de verdad percibí la dimensión completa de su personalidad. Solo entonces, en esa cercanía, tomé plena conciencia de qué clase de ser había estado acostado a mi lado todos esos años.

Durante mucho tiempo me lo reproché — ¿por qué hasta ahora, por qué hasta el final? Pero hoy creo que eso sería injusto conmigo mismo. Porque el amor estuvo ahí todo el tiempo, doce años, en cada caricia, en cada tarde juntos, en cada noche. Lo que llegó tarde no fue el amor. Fue el darme cuenta de manera consciente. Y eso llegó porque en esas semanas estuvimos más cerca que nunca — sin rutina, sin distracciones, sin el constante sigue y sigue de la vida. Solo cuando todo se quedó en silencio me detuve de verdad y miré. No porque antes estuviera ciego. Sino porque la vida rara vez te deja mirar con tanta atención. Y si este libro tiene una sola petición para ti, es esta: mira ahora. No esperes hasta el final.

En la época más dura nos cuidamos el uno al otro, cada quien a su manera. Yo intenté aliviar su sufrimiento — y ella, en medio de su propio sufrimiento, pensó en mí. Así fuimos siempre. Hasta el final, el uno para el otro.

Capítulo 18 • Siete semanas



Hay siete semanas en mi vida que nunca voy a olvidar. Yo sentía entonces que ya no nos quedaba mucho tiempo juntos — y quizás ella también lo sentía. No hablamos de eso, claro que no. Pero había algo en el aire, un acuerdo silencioso de que ahora cada día contaba.

Y lo extraño de esas semanas: no fueron solo tristes. A su manera también fueron valiosas — tan valiosas como pocas cosas antes. Todo lo que no importaba desapareció, y quedamos nosotros dos. Y justamente porque todo se volvió tan silencioso, en esas semanas vi cosas en ella que de otro modo tal vez se me habrían escapado.

En esas semanas había que medirle el azúcar todo el tiempo. Y ahí me di cuenta de algo que me conmueve hasta hoy: mientras yo medía, ella no miraba lo que yo hacía. Me miraba a mí. Cada vez. Esperaba mi reacción — y leía en mi cara si todo estaba bien. Con los números no sabía qué hacer. Con mi cara sí. Yo era su pantalla. Y cuando entonces le decía: “Sí, todo bien” — se volvía a acostar y seguía durmiendo tranquila. Así nomás. Pregunta hecha, respuesta recibida, respuesta creída. La ratoncita que toda su vida había leído a todos, ahora leía en mí cómo estaba ella misma. Y mi palabra le bastaba.

Y otra cosa noté en esas semanas, y me dejó en completo silencio. Toda su vida fue vigilante, hasta durmiendo. Si dormía y alguien la tocaba — zas, despierta al instante, la cabeza en alto, revisando: ¿Quién anda ahí? Ah — todo bien. La guardiana nunca terminaba del todo su turno. Pero en esas últimas semanas eso fue cediendo. Ya ni un respingo, ni un sobresalto. Uno podía tocarla, acariciarla, taparla — seguía durmiendo sin más, más profundo que nunca. Hasta hoy no sé a qué se debía. Quizá fue la enfermedad, que le quitó las fuerzas para eso. Pero quizá — y esto lo deseo con todo lo que tengo — pudo por fin soltar, ya al final, esa parte vigilante y asustadiza de sí misma, porque por primera vez se sentía completamente segura. Protegida, sin condiciones. No lo sé. Pero sí sé dónde durmió tan profundo: junto a mí. Y con eso me basta.

Aprovechamos esas semanas lo mejor que pudimos. Cercanía, calma, estar juntos. Nada grande, nada espectacular — simplemente estar ahí, juntos. Y si algún día se sentía un poco mejor, eso era un regalo que me alegraba como ninguna otra cosa. Aprendí a encontrar la felicidad en cositas muy pequeñas: una tarde tranquila, un momento en que estaba echada, relajada, a mi lado, un destello de su vieja picardía.

Un pensamiento dolía especialmente en esas semanas, por más pequeño que suene: el verano ya estaba a la vuelta de la esquina — y el verano era su época. Llenar la piscina era cada año su gran fiesta, su mayor alegría con el agua. Este verano ya no lo vivió. Se fue justo cuando empezaba.

Siete semanas. No fueron suficientes. Tampoco habrían bastado siete años. Pero fueron nuestras siete semanas, y en ellas había tanto amor como cabe en una vida entera.

Capítulo 19 • Un sueño muy, muy largo



Este es el capítulo que menos quería escribir. Y que tengo que escribir, porque forma parte de todo esto — porque su despedida es tan parte de ella como todo lo demás, y porque, por más duro que fuera, es la última y más profunda prueba de nuestro amor.

En su último día estábamos abajo, en la oficina, ella y yo. Estaba tranquila, no tenía miedo, simplemente estaba conmigo. Y cada media hora se despertaba, levantaba la cabeza y me buscaba con la mirada — a ver si yo seguía ahí. Cada vez le decía: “Sigo aquí, ratoncita. Todo está bien.” Y entonces se calmaba. Solo necesitaba saber que su humano seguía ahí.

Ese día lo intenté todo. Una y otra vez. No quería rendirme con ella, ni un minuto antes de tiempo. Pero ya nada servía. Su cuerpo ya no tenía fuerzas, hiciera yo lo que hiciera. Y en algún momento tuve que dejar de pensar en mí — en mi deseo de retenerla todavía a mi lado — y pensar solo en ella. En su sufrimiento. En que no sería justo dejarla seguir luchando más tiempo.

Ahí, en la oficina, llegó el instante que veré ante mí para siempre. Me había sentado en la silla, y lloraba — simplemente ya no podía contenerme. Y entonces ella se irguió una vez más, se sentó frente a mí, erguida como siempre, y me miró profundo a los ojos. Tal como me había hablado toda su vida, sin una sola palabra. Solo que esta mirada era más profunda que nunca — por un latido sentí nuestras dos almas como una sola.

Durante mucho tiempo creí que esa mirada me había pedido ayuda. Me equivoqué. No me pedía ayuda — me consolaba a mí. Vio que yo lloraba. Y aunque su propio cuerpecito hacía tiempo que ya no podía, aunque era ella la que se iba, vino una vez más hacia mí. No para que yo la sostuviera — sino para que ella me sostuviera. En medio de todo su sufrimiento, su primer pensamiento fui yo. Eso es lo más grande que un ser le puede dar a otro.

Tuve que contenerme como nunca antes. Porque quería ser fuerte para ella. Y entre lágrimas le dije: “Ratoncita, ya no puedo ayudarte. Solo puedo ayudarte a dormir. A dormir mucho, mucho tiempo. Eso que a los dos nos gusta tanto.” Y la besé muy suavemente en la nariz. Le traduje lo que venía a nuestro propio idioma — a lo más familiar y hermoso que teníamos, nuestras mil noches juntos, nuestra alianza secreta. Para que lo último que ella entendiera no fuera algo ajeno y frío, sino algo cálido. Algo nuestro.

Era lunes de Pentecostés, un día feriado. Yo quería que pudiera irse en casa — con nosotros, en su lugar. Pero ese día no se pudo; al final solo quedaba Elversberg. Y no dejé pasar esas horas sin más — las fui alargando a propósito. Claro que lo hice. Porque entre los desplomes volvía una y otra vez un pequeño momento al que podía aferrarme — un destello en el que era, una vez más, del todo ella misma. Y sobre mi regazo no temblaba — si no, el temblor le recorría todo el cuerpo mientras dormía, pero conmigo estaba tranquila, ahí estaba protegida. Entremedio, una y otra vez, la bajada de azúcar que simplemente ya no quería ceder. Me aferré a cada uno de esos pequeños rayos de luz, todo el tiempo que pude — esas últimas horas con ella no las cambiaría por nada del mundo.

Hubo en esas horas incluso pequeños chispazos que casi me partían el corazón. De verdad quiso jugar un ratito. En medio de todo. Y la nariz volvía a molestarla — tres días antes había vuelto del jardín con una brizna de hierba en la nariz y desde entonces estornudaba una y otra vez con fuerza. Una molestia pequeña y cotidiana, en medio del día más duro. Casi consuela ver cuánto siguió siendo, hasta el final, simplemente ella misma.

Nos sentamos también una vez más juntos en el balcón. Era el comienzo del verano, el aire se puso por primera vez en el año de verdad cálido y suave, y oímos juntos la primera brisa del verano. Solo nosotros dos, muy tranquilos, muy cerca. La miré mientras ponía la nariz al viento y pensé: Grábate esto. Compartimos todavía ese único aliento de verano. Fue lo último que alcanzó a sentir del verano — un instante cálido y apacible a mi lado.

Y entonces llegó un último rayo de esperanza, tan pequeño y tan grande a la vez. Yo tenía ensalada de pasta, y ella quiso probar. Quizá, pensé, quizá todavía queda algo de fuerza. Pero al final más bien solo lamió, y los pedacitos de carne terminaron en mi pantalón. Ahí lo supe, seguramente, de manera definitiva. Ya no era apetito. Era solo su buena voluntad, su último esfuerzo por participar. Pero estoy agradecido por ese momento, por ese pequeño chispazo que todavía me regaló.

Solo cuando más tarde ya apenas podía sostenerse por sí sola, nos pusimos en camino — hacia Elversberg. Nicole manejaba — así yo tenía los dos brazos para ella. Tuve que reunir todas las fuerzas que me quedaban y pensar solo en ella; de lo contrario, jamás lo habría logrado. Y ese viaje es la imagen que, para mí, resume todo lo que ella era. La sostuve firme todo el tiempo — sentada erguida, orgullosa y sin doblegarse. Y una y otra vez se desvanecía un instante, su cuerpo la soltaba, una y otra vez — y cada vez la volvía a sostener, erguida, erguida. Quería que pudiera irse siendo lo que fue toda su vida. No desplomada, no como un montoncito quebrado. Sino como ella misma.

Piensa en el principio. En el garaje, en la jaula, en las cuatro paredes frías donde la quisieron hacer pequeña. Y ahora piensa en ese viaje: en mis brazos, que la sostuvieron hasta el último segundo. Ese es el arco entero de su vida en un solo gesto. Se fue como una reina — porque yo la sostuve como una reina. Porque le conservé la dignidad que ya nadie debía quitarle, hasta el último aliento.

En Elversberg, entonces, pudo dormirse. En paz, sin dolor, con nosotros. No se fue sola, ni con miedo. Se fue en los brazos del amor — con mi beso en su nariz, mi voz en el oído, sostenida hasta el final. Contuve mi propio dolor para que ella pudiera irse tranquila. Fue lo último que pude hacer por ella. Toda su vida confió en mí y me regaló su amor incondicional. Estuvimos el uno para el otro — hasta el final, hasta el último aliento.

Nunca me engañó con un quejido — y al final, cuando yo lloraba, se irguió una vez más para consolarme. Ya solo podía devolverle algo de una única manera: la sostuve, erguida. Fue lo más difícil que he hecho en la vida. Y fue amor en su forma más pura — el suyo y el mío.

Capítulo 20 • El agujero negro

Nadie te dice lo silencioso que se vuelve todo después.

Uno cree que sabe lo que le espera. Uno cree que está preparado. Pero no lo está. La pérdida no llega como un gran dolor que uno aguanta una vez y ya se acabó. Llega en mil pinchazos pequeños, cada día, en todas partes. El lugar vacío a mi lado. El cuenco que ya nadie inspecciona. El sitio en la cama que se queda frío. La ausencia de ese suave toquecito en la noche. Son las cosas pequeñas las que lo tumban a uno, no las grandes.

Todavía la siento por todas partes. Su olor. El peso, cuando se acurrucaba contra mí. Su pata sobre mi brazo. Mi cuerpo la conoció durante doce años, y todavía no ha entendido que ya no está. A veces, por una fracción de segundo, creo sentirla a mi lado — y entonces llega el recuerdo, y con él el dolor, otra vez desde el principio.

A veces basta con dar un paso al jardín. Ahí está su piscina del verano pasado — y ahora se queda vacía para siempre. Justamente el agua, su mayor felicidad, el lugar donde estaba más viva. Ahí uno se da cuenta de cuánta falta hace: no en un solo lugar, sino en todos. En todas partes, e infinitamente.

Y luego están los momentos que son casi una broma amarga. La gata del vecino, por ejemplo — su vieja archienemiga, que en vida de Pebbels jamás se habría atrevido a cruzar la cerca. Apenas Pebbels se fue, esa gata empezó a expandir su territorio. Primero paseaba tan campante por el jardín. Y luego, un día, estaba sentada en medio de nuestra sala, como si fuera la dueña del lugar. En el reino de Pebbels. En el territorio que mi pequeña había vigilado doce años con cada fibra de su ser. Se revolvería en la tumba si lo supiera.

Por más pequeño y tonto que suene — me rompió el corazón. Porque muestra con toda claridad lo que falta. No soy solo yo quien la extraña. Hasta el orden en el territorio se vino abajo. La guardiana ya no está, y el mundo que ella mantenía a raya fue el primero en notarlo. El puesto en el respaldo del sofá queda vacío — y la gata lo sabe.

Lo más difícil es algo que durante mucho tiempo no supe poner en palabras. Me gusta estar solo. Siempre fue así. Estar solo y sentirse solo son para mí dos cosas distintas — no necesito compañía constante, me siento a gusto en mi propia calma. Y aun así, su ausencia me llega hasta la médula. Durante mucho tiempo no entendí por qué. Hasta que comprendí: no es la compañía lo que me falta. Es una certeza.

Todo el tiempo, todos esos años, supe en lo más hondo: hay alguien. Pase lo que pase. No como una presencia constante, sino como un cimiento firme en el fondo, un saber callado y seguro de que no estoy del todo solo en el mundo. Pebbels era esa certeza en estado puro. Era cercanía que nunca se volvía una carga, un vínculo sin precio, un ser ante el que nunca tenía que explicarme. Para alguien a quien le gusta estar solo, era lo más valioso de todo: compañía que jamás se sentía como un peso. Y justamente eso perdí con ella — y no hay nada que lo reemplace. Es brutal.

No quiero hacer como si ya hubiera encontrado consuelo. No lo he encontrado, no del todo. Hay días que son un sube y baja — un momento estoy lleno de orgullo por ella, y al siguiente el duelo me tumba otra vez. Así es esto, supongo. Tengo que pasar por ahí. Una pérdida así no se puede saltar, ni borrar de la mente, ni acortar. Solo se puede atravesarla por el medio, pinchazo a pinchazo, día a día. Y la atravieso, porque ella lo valía. Porque el dolor no es más que el precio de algo que no tenía precio.

Es tan terrible porque fue tan hermoso. El dolor y el amor brotan de la misma fuente. Y mientras duela, lo sé: fue real. Fue grande. Ella lo valía.

Capítulo 21 • Lo que queda

Al principio de este libro dije: Este no es un libro sobre un perro. Ahora, al final, quizá entiendas por qué.

Porque nunca se trató de un perro. Se trató de un ser con un carácter, con una voluntad, con una inteligencia y un amor que rara vez se encuentran — ni en animal ni en persona. Se trató de una pequeña personalidad que empezó en un garaje, encerrada y repudiada, y que aun así nunca se quebró. Que desde ahí llegó a ser la reina de su propio pequeño reino. Que robaba y engañaba y gobernaba y protegía y amaba, cada día, con todo lo que tenía. Esa era Pebbels. Y nunca fue solo un perro.

Quiero ser honesto, también conmigo mismo: solo tarde, demasiado tarde, comprendí del todo lo que tenía a mi lado. El amor siempre estuvo ahí, todos esos años. Pero la comprensión plena llegó apenas al final. Y esa es la razón por la que escribí este libro. No solo para retenerla. Sino para que a ti no te pase lo mismo.

Porque esa es la gran petición que tengo para ti — la única que de verdad me importa. Si tienes un animal, un perro, un gato, lo que sea que esté echado a tu lado: míralo. Míralo de verdad. No como un “animal”, no como algo que se da por sentado, que simplemente está ahí. Sino como el ser que es — con su propia cabeza, sus rarezas, su manera de quererte. La mayoría de los animales son mucho más de lo que vemos. Solo que no lo vemos, porque no miramos. La rutina no nos deja mirar. Y luego, en algún momento, ya es tarde, y solo al mirar atrás nos damos cuenta de lo que teníamos.

Mira ahora. Mientras tu animal siga ahí, tibio y vivo a tu lado. Detente, aunque sea de vez en cuando, y mira bien quién está contigo. Ese es el regalo que Pebbels puede hacerte a través de este libro — que veas a tu propio compañero con otros ojos, hoy, ahora, y no apenas cuando ya no esté. Si este libro logra eso en una sola persona, entonces ella, incluso después de su muerte, habrá cambiado algo. Y nunca deseé nada más que eso.

¿Qué queda de ella? Queda en mí, mientras yo viva — cada mirada, cada rareza, cada noche en nuestra cama. Queda en Bam Bam, que todavía abre la barrera que ella le enseñó. Y ahora queda aquí, en estas páginas, para gente que nunca la conoció y que, gracias a ella, quizá vea a su propio animal un poquito mejor. El cáncer quiso borrarla. Pero no lo logró. Su historia no le pertenece a él. Le pertenece a ella. Y ahora te pertenece también a ti, que lees esto.

Venía de un lugar donde la querían hacer pequeña. Su propia madre la repudió, unos humanos la encerraron, y al final luchó contra un enemigo más fuerte que todos ellos. Y a través de todo eso, hubo una cosa que nunca llegó a ser: quebrada. No en el garaje. No en la jaula. Ni siquiera al morir. Se fue siendo la que siempre fue — entera, orgullosa, del todo ella misma.

El cáncer venció a su cuerpo. A ella no. A ella nadie.

Me hizo el regalo más grande que existe. En su última hora, era ella la que más habría necesitado consuelo. En lugar de eso, me consoló a mí. Esa fue la prueba: un perro ama de forma incondicional, hasta el último aliento. Y al lado de ese amor, todo lo demás se vuelve de pronto muy pequeño.

Apéndice • ¿Solo un perro? Lo que dice la ciencia

Este libro es un relato personal, no un texto especializado. Pero sé que más de uno pensará al leerlo: aquí hay alguien que humanizó a su perro, alguien que está de duelo y le atribuye a su animal capacidades que no puede tener. A esa duda quiero oponer algo al final — no con sentimiento, sino con investigación.

Porque lo asombroso es esto: casi todo lo que Pebbels hace en este libro coincide con lo que la investigación moderna del comportamiento considera que los perros pueden hacer de verdad. No me lo inventé. Observé con atención a un animal inteligente — y lo que vi concuerda con lo que científicos de todo el mundo han descubierto sobre la cognición de los perros. Aquí los puntos más importantes, cada uno con la escena de su vida que le corresponde.

1. Entendía lo que yo no veía (toma de perspectiva)

En el robo del pan tostado, Pebbels aprovechó justo el momento en que yo miraba para otro lado. Eso no es casualidad. La investigadora en cognición Juliane Kaminski (Universidad de Portsmouth) y colegas demostraron en experimentos controlados que los perros toman comida prohibida preferentemente cuando el humano no puede verla — por ejemplo, en la oscuridad. Es decir, los perros toman en cuenta lo que un humano puede percibir y lo que no. Eso es una etapa previa de lo que la investigación llama “Theory of Mind”: una intuición de que el otro tiene un estado de conocimiento distinto del propio.

2. Podía engañar

La pose inocente después del robo no fue una imagen casual. Marianne Heberlein y colegas (Universidad de Zúrich) demostraron en 2017 que los perros pueden inducir a error a una persona de forma deliberada para alcanzar su objetivo — por ejemplo, llevaban a propósito a una persona “poco cooperativa” al lugar equivocado de la comida. El engaño presupone que un animal quiere influir en la imagen de la realidad que hay en la cabeza del otro. Justamente eso hacía ella.

3. Bam Bam aprendía de ella (aprendizaje social)

Que Bam Bam le copiara a ella el abrir la barrera y el dar la pata es un caso de manual de aprendizaje por observación. El grupo de trabajo de Friederike Range, Zsófia Virányi y Ludwig Huber (Wolf Science Center / Vetmeduni Viena) ha demostrado en repetidas ocasiones que los perros aprenden observando a sus congéneres y pueden imitar acciones — hasta llegar a la imitación deliberada de movimientos humanos al estilo “Do as I do”. Los perros son aprendices sociales, no meras máquinas de adiestramiento.

4. Leía mi estado de ánimo (reconocimiento de emociones)

Que ella notara cuando algo me pesaba — y reaccionara con el “Mira, ya estoy de vuelta” —, es más que imaginación. Natalia Albuquerque y colegas demostraron en 2016 (Biology Letters) que los perros combinan la expresión facial y el tono de voz de una persona en una imagen completa de su emoción — una capacidad que durante mucho tiempo se le atribuyó solo al ser humano. Los perros leen nuestros sentimientos, a menudo con más precisión de la que somos conscientes.

5. Se controlaba (control de impulsos)

Que reprimiera sus propios ronquidos para no delatar el plan secreto, y que en la piscina esperara con paciencia en lugar de salir disparada, demuestra autocontrol. Evan MacLean, Brian Hare (Universidad Duke) y un gran consorcio de investigación demostraron en 2014 (PNAS) que los perros disponen de un control de impulsos medible — la capacidad de reprimir un estímulo inmediato para alcanzar un objetivo. Justamente eso hacía ella, incluso en contra de su propio cuerpo.

6. Entendía reglas, no solo órdenes

Al dar la pata, ella comprendió que mi mano derecha pedía la pata izquierda y viceversa — no simplemente “pata”, sino una regla con una condición. En la investigación del aprendizaje esto se llama discriminación condicional (conditional discrimination): la reacción correcta depende del contexto. Eso es un logro claramente superior a la mera memorización de una sola orden, y demuestra que los perros captan relaciones, no solo estímulos.

7. Se comunicaba con la mirada (comunicación referencial)

Toda su vida “habló” con los ojos — hasta su última mirada. Los fundadores de la moderna investigación de la cognición canina, Ádám Miklósi y József Topál (Universidad Eötvös Loránd, Budapest), han demostrado que los perros responden de una manera única a los gestos humanos de mirada y de señalar, y que ellos mismos usan de forma deliberada el contacto visual para comunicarse con nosotros — una capacidad que ni siquiera nuestros parientes más cercanos, los chimpancés, poseen de esta forma. La mirada entre humano y perro es un verdadero canal de comunicación.

8. No se quejaba (ocultamiento del dolor)

Que ocultara el dolor y la enfermedad casi hasta el final no es un caso aislado, sino algo bien explicable desde la biología del comportamiento. Como descendientes de animales de manada, los perros tienden a no mostrar la debilidad abiertamente — en la naturaleza, la debilidad te vuelve vulnerable. La medicina veterinaria señala desde hace mucho que los perros (y sobre todo las razas estoicas y compactas) disimulan el dolor durante mucho tiempo, por lo que dueños y veterinarios deben prestar atención a las señales sutiles. Su silencio no era una falta de sentir. Era ocultamiento — por orgullo y dignidad, hasta el final.

Una palabra honesta para cerrar este apéndice: nada de esto demuestra que Pebbels fuera una perra milagrosa, única en su especie. Demuestra otra cosa — y más importante. Estas capacidades en los perros son reales y están mucho más extendidas de lo que la mayoría de la gente cree. Lo especial en ella no era que pudiera hacer estas cosas. Lo especial era que yo miré con atención. Y esa es justamente la petición que todo este libro te hace: mira a tu propio animal con esa misma atención. Entonces reconocerás lo que yo reconocí — que ahí nunca hubo “solo un perro”.

Los nombres y estudios mencionados están pensados como una guía para el lector interesado, no como una bibliografía completa. Quien quiera profundizar encontrará, bajo estos investigadores y sus institutos, un rico caudal de trabajos de libre acceso sobre la cognición del perro.

Gracias

Este libro habla de Pebbels y de mí. Pero ni ella existiría en mi vida ni existirían estas páginas sin una persona: Nicole.

Fue ella quien trajo a Pebbels a casa en su día, contra mi no y a favor de mi felicidad. Trabaja a tiempo completo — y aun así, todos estos años, cuidó de Pebbels como si fuera su trabajo principal. Durmió incontables noches en la sala porque Pebbels y yo roncábamos a dúo — y nunca llevó la cuenta de quiénes acababan en realidad metidos en su cama. Ella nos llevó en aquel último trayecto.

Y por una cosa le estoy especialmente agradecido: por las imágenes. Nicole siempre tomó fotos tan hermosas de Pebbels — si no, hoy no tendría ninguna. Casi todo lo que uno ve de ella en este libro está visto a través de los ojos de Nicole. Sin ella, este libro solo tendría palabras. Gracias a ella, tiene el rostro de Pebbels.

Gracias, Nicole. Por ella. Por todo.

Y gracias a ti, Bam Bam — fiel cómplice, paciente sufridor, eterno explorador de la banda. Mantienes la posición, y todavía abres la barrera tal como ella te enseñó. No hay mejor manera de llevar un legado.

Patric